

El **CORSARIO** **AZUL**



El Corsario Azul y sus lugartenientes están de vacaciones cuando se ven involucrados en un feo asunto: un malvado a raptado a una niñita para obligar a su Clara, su bella madre, a acceder a sus babosos deseos. El bellaco, que lidera una numerosa banda, está compinchado además con unos hechiceros negros, que mediante el vudú tienen aterrorizada a la región con sus zombíes. Fajeda, el escudero del capitán Villegas, le tira los tejos a la dueña de Clara, la hermosa doña Mencía, de carnes abundantes y prietas (¡olé, cómo a mí me gustan!), que se prenda del escudero. A pesar de estar de vacaciones, El Corsario Azul y sus compañeros escabechan al bellaco, a su numerosa banda, a los hechiceros, a los zombíes, a los negros que los acompañaban y a un lector descuidado que le alcanzó una estocada que se escapó de la novela.



J. León

Hombres sin alma

El Corsario Azul - 9

ePub r1.0

Lds 30.05.18

Título original: *Hombres sin alma*

J. León, 1949

Dibujante portada e interiores: F. Batet

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



El **CORSARIO** **AZUL**

RX **J. LEÓN**



HOMBRES SIN ALMA

Ediciones  *Clipper*

HOMBRES SIN ALMA



CAPÍTULO I

UN DESCANSO EN LA LUCHA

El sol refulgía sobre el puerto de Santo Domingo. El río Ozama bordeaba la ciudad, desembocando en las azules aguas del Caribe. Las lomas en forma de anfiteatro, que rodeaban Santo Domingo, resplandecían al sol del trópico y una movible cortina neblinosa se alzaba sobre ella. El castillo de San Jerónimo elevaba su pétrea corpulencia, que se recortaba sobre el claro cielo, como un aviso de que Santo Domingo no se entregaría jamás sin lucha. Sobre los torreones ondeaba la bandera de España.

Por la parte exterior de la muralla, junto al mar, la población paseaba, aspirando el aire fresco que llegaba desde el mar. Un bosque de vergas se alzaba en él puerto. Se veían galeones de guerra y mercantes, fragatas, bergantines y faluchos de pesca que se alineaban junto a los muelles, por los que cruzaba una gran multitud. Negros semidesnudos, de piel reluciente, descansaban perezosamente a la sombra de las palmeras o cargaban grandes fardos, acompañando la faena de una alegre canción. Marineros de anchos calzones y pañuelos en la cabeza que olían a brea y lucían aretes en las orejas, pescadores tocados con sombreros de paja y pilotos de negras ropas y tez bronceada. Se veían asimismo erguidos soldados, con la espada al costado y el bigote erizado, y labradores musculosos y mercaderes sonrientes que ofrecían sus mercancías a los navegantes.

Por el paseo se mezclaban damiselas que se protegían del sol con una blanca sombrilla, seguidas de una severa dueña, sirvientas y menestralas que, cogidas del brazo, escandalizaban con sus risas y

coqueteaban con los hombres; gentilhombres, con la capa colgando del brazo izquierdo, que lucían sus lujosas ropas; soldados y oficiales de la armada real y de la guarnición de expresión serena y bizarra; espadachines y aventureros de gesto orgulloso y aire bravucón, vestidos con recargadas vestiduras o muy pobremente, según girase la rueda de la fortuna, En un extremo del puerto, cerca del Bastión Puerta de Saín Genaro, se encontraba el dique donde un enjambre de operarios semidesnudos y sudorosos calafateaban y carenaban las naves.

Diego de Villegas, capitán de los corsarios, examinaba su galeón «El Antillano» en compañía de un gigante de facciones acusadas y huesudas, vestido como los oficiales de mar, y de un joven esbelto, bien parecido y elegante cuyas ropas de blanco terciopelo, la gorguera de encajes y las espuelas de oro le daban un inconfundible aire de aristócrata. Bajo el amplio chambergo, sonreían sus ojos oscuros, y que jamás, ni siquiera al enfrentarse con la muerte, perdían su alegre mirar. Eran Martín Ohando, piloto de su buque, y Juan Pérez de Lerma, alférez de los corsarios.

A cierta distancia se veía a un hombre de mediana estatura y musculoso con grandes botas de campaña, un jubón sin mangas, muñequeras berberiscas de plata y una red italiana en el cabello. Su condición en la nave era de escudero y amigo del Corsario Azul. Se llamaba Pedro Fajeda y constituía un pozo de conocimientos útiles y de virtudes sin precio. Era discreto, valiente y astuto. Su lealtad hacia su capitán carecía de límites. Era muy hábil en la guerra, puesto que jamás había ejercido otra profesión. Con la espada y las pistolas no tenía rival, sabía dar una puñalada a tiempo, curar heridas y roturas de hueso y su fuerza física era poco común.

En aquella época, los escuderos de los oficiales gozaban de gran intimidad y compartían con sus dueños los buenos y los malos tiempos.

Villegas examinaba su nave. Le había explicado al jefe de los operarios del dique cuáles eran las reparaciones que deseaba que hicieran. Ante todo debían limpiar fondos, ya que, debido a una larga permanencia en el mar, la «broma» amenazaba el casco.

Es la «broma» un molusco que habita los mares de América y que se pega a los cascos de los navíos, taladrándoles igual que una sierra. En la actualidad, con buques de hierro no resulta peligroso,

pero en la época de las naves de madera constituía una seria amenaza para la navegación.

Quería Diego que arreglaran los desperfectos causados por las batallas. Por ejemplo, el mascarón de proa, que en todas las embarcaciones de guerra lo constituía un león rampante, debía ser cambiado por uno nuevo. Debían darle una nueva capa de brea, pintarlo por completo, engrasar los mástiles y colocar nuevo velamen.

Además, el corsario había conseguido del almirante Montemayor que añadiesen más bocas de fuego a su buque. Le habían cedido varias piezas de bronce fundidas en Cuba, y los carpinteros abrían nuevas portañolas y colocaban en cubierta los soportes de las culebrinas.

Después de capturar la fragata «Queen of the Seas»^[1], contaba «El Antillano» con cincuenta cañones. Villegas había elegido los mejores y desechado los que se habían estropeado o que un disparo enemigo inutilizó y con los que de Cuba le enviaron hacían un total de ochenta bocas de luego entre culebrinas, medios cañones, cuarto de cañón y cañones de batería.

De este modo su buque constituía una fortaleza inexpugnable. La ventaja que en aquella época presentaban los galeones era que su gran envergadura les permitía transportar más artilleros que las otras naves. Su alto bordo y los dos castillos, el de proa y el de popa, hacía difícil el abordaje y por tanto no eran vencidos con facilidad. Las tres cubiertas permitían evolucionar a muchos hombres y así podían contar con más tripulación y, si bien requerían muchas velas, el pantoque era poco pronunciado, por lo que navegaba mejor y evolucionaba con más facilidad que las antiguas naos.

En cuanto su buque estuviera en condiciones de navegar, Diego pensaba reclutar más corsarios hasta que su número, entonces de unos cuatrocientos, se elevara a seiscientos. Sus victorias le habían proporcionado mucho prestigio y autoridad ante el almirante y de todas las presas había separado cierta cantidad para pagar los enganches de los nuevos reclutas. Las armas se las proporcionaría el almirante, y Santo Domingo seguía constituyendo un inagotable manantial de aventureros, Por otra parte, le bastaba ir a Cuba o a Tierra Firme para reclutar los que allí encontrase.

Pérez de Lerma se sacudió con los guantes el polvo de las altas botas de cordobán.

—Bien —dijo—. Tardarán aún algunas semanas en concluir los trabajos. ¿Qué haremos mientras tanto?

—Eso es —asintió Ohando—. En Santo Domingo no se puede permanecer más de quince días. Después hay que marcharse a algún lado.

—Pero los hombres necesitan descansar —objetó Diego.

—Para ellos no es problema —agregó el alférez—. Tienen mucho dinero y se divertirán. Lo merecen.

Diego guardó silencio. Después dijo:

—¿Y si nos fuéramos a cazar?

—Eso es.

—Magnífico.

—Pediremos licencia al almirante y marcharemos a alguna región del interior, donde abunden las piezas.

—Por aquí casi no se encuentran más que reses salvajes —intervino Fajeda.

—Bien, ¿pero qué son reses para unos corsarios?

Se encaminaron hacia la residencia del almirante. Don Juan Francisco de Montemayor les recibió afectuosamente.

—¿En qué puedo servirlos, caballeros?

Diego expuso su petición y las causas que la motivaban.

El almirante se acarició la barbilla.

—¿Qué menos puedo hacer por el Corsario Azul y por sus más leales colaboradores? —exclamó—. Marchad en buena hora, caballeros, y ojalá sea tan fructífera esta expedición de caza como lo son las salidas en corso.

Dieron las gracias los aventureros y se encaminaron a sus alojamientos para disponer el equipaje. El capitán dio instrucciones al sargento Ley den que quedaba al mando de la fuerza con Luigi Matholi como segundo, y a Vicente de Azogue que debía vigilar las reparaciones del galeón.

Los corsarios cambiaron sus ropas de ciudad por una camisa blanca de cuello abierto, un holgado colete de ante sin mangas y un chambergo sin plumas. Conservaron la tizona y las pistolas y tomaron el arcabuz. Calzaban todos botas, ya que resultaban más prácticas que los zapatos y las medias. El único que en nada cambió

su atuendo fué Fajeda.

Alquilaron en la casa de postas cuatro magníficos caballos y partieron hacia un lugar del interior llamado San Cristóbal del Yaqui, situado en la orilla del río Yaqui Chico o Yaqui del Sur, que desembocaba en la bahía de Neiba.

Era esta región una de las más ricas de la isla. Existían grandes ingenios de azúcar y enormes cafetales, que trabajaban los negros. Se alzaban ricas haciendas donde, como señores feudales, residían los plantadores, en compañía de sus esclavos, capataces y sirvientes blancos que formaban un diminuto pueblo junto al magnífico edificio de la mansión. Las plantaciones se encontraban bastante separadas entre sí, de modo que no llegaban a formar un vasto núcleo de población.

Se alzaban también grandes bosques de caobos. Era una de las industrias de la región cortar dichos árboles y bajarlos por el río hacia Sari Cristóbal, donde los mercaderes los adquirían. De este modo habían surgido entre los bosques muchos bohíos donde vivían los leñadores.

Abundaba la caza de la manigua y una población errante y salvaje, los cazadores, perseguían a los toros y vacas cimarrones y a las cabrás y cerdos que vagaban por la selva. Eran estos animales descendientes de los que trajeron los compañeros de Colón y que habían huido al bosque, multiplicándose con los años y regresando al estado salvaje.

Era San Cristóbal del Río un puñado de casas de adobe y de bohíos de hierba que se agrupaban junto a varios edificios de piedra, la iglesia, el mesón y las residencias de los mercaderes. Contaba la aldea con un aserradero, dónde se pulimentaban los caobos, y una curtidora, donde se preparaban las pieles. Poseía también un desembarcadero de troncos en el que se detenían las almadías, que los leñadores formaban con los árboles cortados, sirviéndoles al mismo tiempo de transporte y de mercancía, y las canoas cargadas de pieles y de carne curada por los cazadores.

Existían varios comercios de escasa importancia, pero de vital interés para el poblado, tales como la herrería, que era a la vez armero; un barbero, que hacía las veces de sangrador, dentista y comadrón; un «físico» o médico, un tratante de caballos, que ejercía de albéitar, y un carpintero, que reparaba carros. Confiaba también

con una tahona y una mercería.

En el pueblo se detenían buhoneros que recorrían la región, vendiendo joyas y otros artículos en las plantaciones y en los bohíos, como telas, hachas, tijeras y cuchillos.

Una vez al mes se celebraba un mercado que constituía una ocasión de olvidar el salvajismo de la existencia para reunirse y charlar. De todas partes de la región llegaban labradores, cazadores, buhoneros y plantadores para vender los artículos que crecían en sus posesiones. De Santo Domingo acudían asimismo muchos comerciantes. Concluidos los días de mercado, todos regresaban a sus hogares y San Cristóbal se hundía nuevamente en su modorra.

Según dijo Villegas, aquél era el sitio ideal para descansar durante unas semanas, ya que lo que debían buscar era un lugar apacible, lejos de las luchas del turbulento Santo Domingo, donde abundara la caza.

Llegaron a la aldea y se dirigieron al mesón. Al verles llegar por la carretera, uno de los mozos avisó que venía una gran comitiva y el posadero en persona salió a recibirles, haciendo grandes reverencias. Era el mesón un edificio blanco de dos pisos, sombreado por varias palmeras, a través de cuyas hojas se distinguía el techo rojo. En la puerta principal se veía un letrero de metal que decía: «Posada de los Tres Reyes Magos». En un extremo se abría la cuadra y en el otro unas tapias rodeaban un patio, donde los huéspedes podían sentarse sin temor al calor ni al polvo.

Pidieron cuatro habitaciones para ellos y una abundante cena.

La planta baja la ocupaba una amplia sala abovedada, con varias mesas y una chimenea en el fondo donde se preparaban las comidas. Una habitación más pequeña servía de cocina; una puerta, de la que tan sólo el propietario tenía la llave, daba a la bodega.

En el piso superior se encontraban las habitaciones de los huéspedes a las que se llegaba por medio de una amplia escalera.

El patio se veía lleno de flores y de árboles que extendían su sombra sobre los clientes sentados a las mesas. Las paredes enjabegadas contribuían a dar frescor al lugar y un surtidor disipaba el calor del trópico.

En el mesón no se encontraban alojados más que algunos buhoneros, arrieros y cazadores.

Los corsarios cenaron, retirándose luego a sus habitaciones. A

primera hora de la mañana siguiente se levantaron y partieron hacia la manigua, regresando al anochecer con varias piezas que habían cobrado.

CAPÍTULO II

LA TAPADA

Diego estiró las piernas y alzó el vaso de amontillado, para mirarlo al trasluz. El vino aparecía dorado, el aire era fresco y el capitán se sentía feliz y en paz con la Humanidad.

Pérez de Lerma se dedicaba a mojar galletas en el clarete de la Mancha que había pedido. En cuanto a Ohando, el vasco, apuraba una botella de vino de la Rioja.

Fajeda, de pie detrás de la silla de su señor, contemplaba a los demás huéspedes que no tenían el honor de servir a tan renombrado amo.

La noche comenzaba a cernirse sobre la aldea y una luz difusa había ocupado el puesto del resplandeciente sol. Una garrida moza, de rojos labios y alegre mirada que no perdía de vista al alférez, encendía los fanales que iluminaban el patio. El posadero corría de una mesa a otra, atendiendo a sus clientes que charlaban y reían.

Villegas vació el vaso de vino y exclamó:

—Fué un acierto venir a este lugar. Aquí hemos encontrado todo lo que necesitábamos. Mucha caza, tranquilidad, buena comida y mejor vino.

—Y hermosas mujeres —dijo Pérez de Lerma mirando a la moza.

—Se puede descansar, sin preocuparnos de la guerra —continuó el corsario. Fajeda dio un respingo.

—Pronto podremos volver a Santo Domingo, señor capitán.

—No pensemos en ello —agregó Diego—. Gocemos de esta paz. Hacía ya muchos años que no la sentía. Casi la había olvidado. Me hace el efecto de que he vuelto a casa. ¿No os pasa lo mismo?

Juan torció el gesto.

—Castilla es más seca y más árida.

—Las Vascongadas son más húmedas y más sombrías —opinó Ohando.

—En Cataluña no se siente esta quietud —terció Pedro—. Todo el mundo va deprisa. En el campo nadie sale sin armas, pues los narros y los cadells^[2] andan siempre a la greña.

—Bueno, como queráis. Pero, quizá por contraste esta tranquilidad me agrada.

La noche iba obscureciendo el cielo, en el que algunas estrellas comenzaban a parpadear.

—Sí —repitió el corsario—; aquí se respira tranquilidad.

De pronto se oyó un penetrante grito de gallo. La moza, lanzó un grito y dejó caer un fanal. Cesaron las conversaciones como por ensalmo y el posadero exclamó aterrado:

—¡Los zombíes!

Como asustados, los clientes comenzaron a hablar en voz baja, mientras la muchacha temblaba, muerta de terror.

Villegas se puso en pie.

—Calma, señores. Que no se diga que unos cristianos pierden la serenidad porque un gallo ha cantado.

—No es un gallo, señor capitán —aseguró el posadero—. Se trata de los zombíes.

—Bien, ¿es que a los zombíes no les hieren las tizonas? —preguntó Pérez de Lerma golpeando la empuñadura de su espada.

—No hablen vuestas mercedes sin conocer la causa —dijo el asustado posadero—. Los zombíes están poseídos por el diablo y han perdido su alma.

—Tened en cuenta lo que decís o caeréis en manos del Santo Oficio^[3] —le advirtió Ohando con severidad.

Se persignó, más asustado aún, el posadero.

—No interpretéis mal mis palabras, señor piloto.

Pérez de Lerma se acercó a la moza y, pasándole el brazo por el hombro, reprendió al mesonero:

—Estáis asustando a esta hermosa doncella.

Villegas se acercó al pobre hombre y le dijo:

—Tranquilizaos y explicadme lo que sepáis acerca de los zombíes.

—Y si nos servís buen, vino quizá venga can mis compañeros y acabe con esa chusma indeseable —le animó el catalán.

—Señor —comenzó a decir el posadero—, hace ya mucho tiempo que se suceden asesinatos en esta región. En un principio se creyó que se trataba de bandidos o de negros cimarrones y salimos a dar batidas por los alrededores. A nadie encontramos y comenzábamos a preguntarnos qué podía ocurrir, cuando aparecieron acuchillados dos cazadores que vivían en las afueras de la aldea. Uno vivía aún y nos contó que les había agredido un negro que se movía como un fantasma y que no tenía expresión en el semblante. Recordaron algunos la leyenda de los zombíes y también que cada noche, antes de cometerse los asesinatos, oían cantar un gallo. Es la costumbre de los zombíes, señor capitán.

—Ahora recuerdo yo —intervino Ohando—, haber oído hablar en Cuba de esta herejía negra. Los zombíes son seres que han perdido el alma, quedando ligados por medio de un «vudu» o amuleto a un hechicero. Creo que para admitir a un nuevo zombí celebran una gran ceremonia en la que matan un gallo y el neófito debe salir a matar a la primera persona que encuentre, aunque sea su padre. Los hechiceros les indican las personas a las que han de matar y antes de cometer el crimen imitan el canto del gallo.

—Bueno, pues puede que se queden sin plumas —agregó Fajeda. Diego se encogió de hombros.

—No nos dejemos impresionar por estas creencias de herejes. Mantengamos las armas preparadas y os aseguro que, zombí o no, el hombre que nos ataque ha de sufrir las consecuencias.

* * *

Villegas y sus amigos salían del pueblo al trote de sus monturas.

—Al parecer, los zombíes han fallado esta vez —rió Fajeda.

—Por lo menos de nada nos hemos enterado —asintió el alférez.

—¡Mirad ahí! —exclamó Diego, señalando hacia un lado del camino.

Miraron los corsarios y vieron unos cuervos que revoloteaban sobre la maleza. Los aventureros quedaron un instante silenciosos. Eran los cuervos una inequívoca señal de muerte. Frenaron sus monturas y saltaron a tierra, amartillando los arcabuces.

Pedro ahuyentó a gritos y a culatazos las fatídicas aves, mientras

sus compañeros apartaban la maleza.

En el suelo se veía el cadáver de un hombre joven, con el cuello cercenado.

* * *

Sentados en el patio del mesón, comentaban los corsarios el acontecimiento de la mañana. En realidad nadie hablaba de otra cosa en toda la aldea. El miedo se extendía por la población, desarmando a los habitantes y dejándoles indefensos ante los zombíes.

—Quisiera saber qué móviles empujan a los hechiceros a cometer esos crímenes —exclamó Villegas.

—No lo sé, pero daría algo por averiguarlo —respondió Pérez de Lerma.

—Estaba pensando que nadie comete un crimen sin tener motivo para ello y naturalmente los hechiceros que incitan a los zombíes deben poseerlo.

—Existe, desde luego —intervino Ohando—. Con pequeñas diferencias, suele ser el mismo siempre. Según las supersticiones de los negros la sangre humana, a modo de sacrificio, puede curar a los enfermos. A cambio de un precio estipulado entre los familiares del enfermo y el hechicero, éste ordena a un zombí que asesine a una persona de más o menos categoría, según el precio que han pagado. Esto debe ocurrir aquí.

—¿Ganan mucho? —preguntó el catalán.

—Depende de los enfermos.

—Quizá haya sido una suerte que hayamos venido aquí, porque...

Una voz agria y desagradable le interrumpió.

—¡Eh, posadero! ¿Es que no hay nadie aquí?

En la puerta que daba al patio se encontraba detenido un hombre joven y enjuto, de tez cadavérica, cuyos negros cabellos y bigote del mismo color daban un aspecto siniestro. Vestía a la usanza de los caballeros, pero completamente de oscuro, calzaba altas botas y, pendiente de un tahalí de cuero, ostentaba una tizona. Sus ojos oscuros relampagueaban bajo dos espesas cejas. Semejaba un áspid que estuviera siempre a punto de atacar. Le acompañaban seis espadachines, de mala catadura y gastadas ropas, que lucían el

acero al costado y varias cicatrices en el rostro. Formaban un digno cortejo para tan desagradable caballero.

—¡Posadero del diablo! —volvió a gritar—. ¿Es que estás sordo?

Acudió presuroso el mesonero, deshaciéndose en genuflexiones. El desconocido le miró con crueldad.

—¿Acaso no me oís grandísimo rufián?

—¡Perdone, vuesa merced...!

—¡A callar o te rompo las costillas a bastonazos! —ordenó el joven—. Necesito una habitación discreta, donde no me puedan molestar. ¡Pronto!

El posadero reanudó sus genuflexiones.

—Por aquí, excelencia. Pasad, monseñor. Os conduciré a la habitación que deseáis —exclamó, al tiempo que le guiaba al interior de la posada.

Con altanero ademán, como si despreciase a los demás clientes, el desconocido cruzó el patio, acompañado por su cortejo de espadachines.

Pérez de Lerma, ofendido por su aire de perdonavidas, comenzó a atusarse el bigote, pero una mirada de Villegas le mantuvo inmóvil en su silla.

Fajeda, a quien el aspecto de aquellos indeseables ofendía, alargó el pie de modo que uno de los espadachines cayó al suelo. Se levantó con presteza y se acercó furioso al corsario.

—Me habéis hecho la zancadilla —exclamó.

—¿Yo? —dijo el catalán sonriendo con ingenuidad.

—Sí. Vos mismo y voy a calentaros las costillas —aseguró al tiempo que echaba mano a la espada.

La sonrisa de Pedro se hizo más ancha y sin apartar la mano de la empuñadura de su acero, preguntó:



En el patio acababa de entrar una elegante mujer.

—¿Estáis seguro?

—¡Voto a sanes! ¡Voy a...!

—Déjale, Chiquiznaque —ordenó su amo desde la puerta—. Ven conmigo.

El llamado Chiquiznaque obedeció de mala gana. Al llegar a la puerta, dirigió una mirada llena de odio al corsario y murmuró:

—Nos veremos.

Fajeda contestó con una sonora carcajada.

—¿Se habrá creído ése que es el emperador Carlomagno? —preguntó el alférez. Villegas se acarició el bigote—. Nunca había visto un hombre de aspecto, tan desagradable.

—¿Por qué no le echamos por una ventana? —propuso Fajeda.

—Hemos venido a descansar —les recordó Diego.

—Sería un gran descanso no ver más a ese desconocido —aseguró Ohando.

Continuaron bebiendo y charlando los corsarios, sin prestar más atención a los espadachines ni al caballero que los guiaba.

De pronto, el catalán lanzó una exclamación:

—¡Dios mío! ¿Es que estoy soñando?

Siguieron los aventureros la dirección de su mirada y Martín abrió la boca estupefacto. Pérez de Lerma dejó caer el vaso que sostenía y Villegas se atusó el bigote.

En el patio acababa de entrar una elegante mujer. Era de estatura más bien alta y se envolvía en una capa negra, con un capuchón que al andar se entreabría, permitiendo ver su costoso traje de seda blanca. Algunos mechones de cabello rubio se escapaban de la capucha, lo que prestaba mayor encanto a su semblante que cubría con un antifaz negro. La parte del rostro que quedaba al descubierto eran la frente ancha y despejada, la barbilla fina y distinguida y sus labios de dulce trazo y vivo, color, que se abrían mostrando unos blancos dientes. Parecía joven e, indudablemente, muy hermosa. Sin duda alguna se trataba de una dama de calidad, pues tanto la capa como el vestido eran de géneros muy caros. Se movía con indiscutible gracia y armonía, como persona acostumbrada a frecuentar lujosos salones.

La acompañaba una dueña, de cierta edad, pero bien conservada, cuyas exuberantes formas se ocultaban bajo una capa y que asimismo lucía un antifaz sobre el semblante. Sus labios gruesos parecían invitar a que la besasen y su andar era airoso y lento.

El posadero salió a recibirla.

—¿Venís a buscar a un caballero vestido de negro?

—Así es —respondió la más joven con armoniosa voz.

—Acompañadme, señora.

Las dos mujeres pasaron ante los corsarios. Las miradas de

Villegas, del alférez y de Ohando siguieron, a la bella desconocida hasta que ésta entró en el edificio.

Los ojos de la dueña, al pasar ante Fajeda, refulgieron bajo el antifaz.

CAPÍTULO III

CHOCAR DE ESPADAS

Por un instante todos en el patio guardaron silencio.

Al fin, Pérez de Lerma exclamó:

—¡Cuernos de Satanás! ¿Es que esa hermosa dama puede amar a aquel truchimán?

—¿Por qué lo dices?

—Vino aquí tapada para reunirse con él. Si esto no encubre una cita galante es que yo soy un inglés pajizo _ explicó el alferez.

—No se debe suponer prematuramente —sentenció Ohando.

Villegas se acarició el bigote.

—En realidad resulta odioso para un caballero pensar que una señora tapada pueda encontrarse entre los brazos de aquel cara de judío.

—Y la dueña, ¿amará a Chiquiznaque? —preguntó Fajeda.

Martín y el capitán rompieron a reír. Pérez de Lerma parecía furioso; se atusaba el mostacho y tecleaba sobre la mesa, como si los nervios le impidieran estar quieto.

—A mí me han estropeado la cena —declaró—. Me resulta insoportable la idea de que una dama de alta, alcurnia, bella y exquisita, se roce y probablemente ame a un ser brutal y despreciable como ese falso caballero. Creo que una señora de su categoría merece un hombre distinto. —Pérez de Lerma sonrió ligeramente—. Merecería un hombre más distinguido y más noble. Que hubiera demostrado su valor en la guerra, en vez de emplear su autoridad con los mesoneros.

—Quizá ella pertenezca a su misma categoría moral —insinuó

Ohando, que gustaba de molestar al segundón.

Juan se puso en pie echando lumbre por los ojos.

—¿Qué dices?

—Que quizá ella no es mejor que el caballero.

El alférez echó mano a la tizona al tiempo que decía:

—¡No es de caballeros hablar así de una dama!

Martín se levantó a su vez e hizo ademán de desnudar el acero.

Con rapidez Villegas se colocó entre sus dos amigos.

—¡Quietos! ¿Es que estáis locos? —exclamó—. ¿Vas a reñir con un amigo por culpa de una desconocida, Juan? Y tú, Martín, no le molestes más.

Quedaron los dos corsarios algo cohibidos, con la vista baja. Luego se miraron y rompieron a reír al tiempo que se estrechaban las manos.

—Es realmente indignante que esa fiera goce de tanta suerte —dijo el vasco.

—Cualquiera sabe lo que piensa una mujer —afirmó el alférez.

Se sentaron de nuevo y comenzaron a beber, olvidando el incidente en apariencia. Pero ninguno de ellos podía borrarlo de la memoria. Sin razón alguna les preocupaba el hecho que una mujer tan distinguida como la tapada se entrevistara con aquel hombre desagradable, presuntuoso y grosero. Su afición a la aventura y a los enredos, que se había despertado de su sueño por el hallazgo del cadáver, parecía intuir que tras aquella cita, amorosa en apariencia, se escondía algo más grave y trascendental.

Ignoraban la causa, pero los corsarios estaban seguro de que se avecinaba un acontecimiento de importancia. Era como si olfateasen el peligro en el aire.

De improviso un chillido de mujer rasgó la quietud de la noche. Luego una voz sonora gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Soco...!

Resultaba claro que habían impedido que pidiera clemencia. Las voces habían partido de la parte alta del mesón.

Pérez de Lerma se puso en pie, con una mirada de alegría que le bailaba en los ojos.

—¡Es la tapada que necesita ayuda! —gritó.

Diego desnudó la tizona.

—¡Vamos!

Los cuatro corrieron a toda prisa hacia el interior del mesón. Cruzaron la planta baja y se encaminaron hacia la escalera.

Uno de los espadachines les salió al paso con el acero desnudo. Villegas blandió su tizona. Chocaron las armas. Con un rápido molinete, el Corsario Azul apartó el arma de su enemigo y lo atravesó de parte a parte. Luego, continuó subiendo por la escalera, mientras Ohando y el alférez atacaban a otros dos indeseables.

Chiquiznaque se arrojó contra Fajeda, con la espada en alto. El catalán adelantó el brazo izquierdo y con la muñequera, detuvo el acero. Luego le propinó con la derecha un terrible puñetazo al espadachín que le aplastó contra el suelo.

Pérez de Lerma derribó de una estocada a su adversario y se lanzó sobre otro, cegado por el ansia de matar a los indeseables que osaban rozarse con la tapada, en la que su instinto le descubría además de una dama de calidad, a una mujer atribulada.

Ohando descargaba golpes sobre su enemigo, quien a duras penas lograba defenderse del poderoso brazo del vasco.

Pedro acorralaba al último desalmado, burlándose de él y asegurándole que lo iba a matar.

Para los corsarios, acostumbrados a abrirse paso a estocadas, no eran enemigos de cuidado unos viles espadachines, muy duchos en atacar por la espalda y en amedrentar barbilindos que rondaban a alguna joven, pero que jamás habían asaltado una fortaleza ni abordado un buque filibustero.

En pocos segundos quedaron en el suelo tres espadachines y los otros tres desarmados y acorralados. Mientras, Diego ascendió los peldaños hasta llegar al piso superior. Oyó la respiración jadeante de una mujer y la voz agria del desconocido que decía:

—¡Como os mováis os atravieso de una estocada!

El capitán se plantó de dos zancadas en la puerta de la habitación de la que provenían las palabras. El desconocido permanecía con la espada, en la mano, cerrando el paso a la tapada y a su dueña que le miraban aterradas.

—Estáis en mi poder y no pienso dejaros escapar —continuó el hombre vestido de negro—. Estoy dispuesto a derribar todos los obstáculos.

—Pues puedes empezar, bergante —declaró Diego, entrando en la habitación.

Se volvió el otro con presteza y midió al corsario de cabeza a pies.

—Sentiréis entrometeros donde no os llaman —aseguró, lanzándose espada en ristre.

Villegas paró con facilidad una estocada dirigida al pecho y contestó con otra de la que su contrario escapó por milagro. De nuevo se cruzaron los aceros. Las dos mujeres se apartaron a un extremo de la habitación y desde allí contemplaron la enconada lucha entre aquellos dos hombres que no se conocían y que se batían impulsados por distintos motivos. Uno peleaba para mantener la celada que había tendido; el otro, impulsado por un caballeroso código de honor, para defender a una mujer a la que ni siquiera había visto la cara.

El desconocido se lanzó a fondo, atacando el vientre de Diego. Éste paró en quinta e inmediatamente presentó la hoja de su tizona. Chocó contra ella la espada de su adversario y nuevamente esgrimieron, atacándose por la habitación.

Villegas mantenía la miradla fija en los ojos de su rival. En ellos adivinaría el momento en que pensaba atacar. Eran pupilas negras, de azules y siniestros reflejos que al encolerizarse se empequeñecían, como los de un áspid.

La suerte de la lucha le colocaba a defensiva y el capitán iba parando los golpes que le dirigía su adversario. Fué retrocediendo hasta tropezar con una mesa. Le halló desprevenido y su guardia se relajó un tanto.

Con un grito de cruel alegría, el desconocido se lanzó a fondo. Brilló una hoja acerada al interponerse entre el cuerpo del corsario y la tizona de su enemigo. La espada de éste resbaló por encima del arma y las dos cazoletas chocaron. Quedaron por un instante mirándose en silencio.

—Pagarás cara tu intromisión —dijo al fin el desconocido.

Rió Villegas con desprecio.

—Espera a haber vencido.

De un violento empujón se apartó de su rival, lanzándole al otro extremo de la sala.

Ambos enemigos blandieron las armas y se dispusieron a lanzarse al ataque.

Pérez de Lerma, Ohando y Fajeda entraron en la habitación,

empujando a los desarmados espadachines.

—Acaba pronto con él, Diego —le gritó Juan.

Villegas cargó sobre su adversario, esgrimiendo furiosamente. Las fintas y las estocadas del desconocido se estrellaban contra aquel acero que le amenazaba por todas partes como si se hubiera convertido en cien.

La clientela del mesón se agrupaba en la sala inferior, escuchando el rumor de la lucha y haciendo comentarios.

El mesonero y sus criados atendían a los tres espadachines caídos en la pelea. Uno de ellos había muerto, el otro estaba mal herido y el tercero, Chiquiznaque, sólo se encontraba atontado por el golpe.

Diego y su adversario seguían luchando con ferocidad. Aterrado, el desconocido veía como la espada del capitán iba venciendo la guardia de su tizona. Intentaba vencer a su rival con todas las artimañas de un hombre cuya vida transcurrió entre picaros y asesinos, empleando las más bajas estocadas, que de nada le sirvieron ante aquel hábil esgrimista que parecía adivinar todas las intenciones de su contrincante.

Acorralado por el capitán, el hombre vestido de negro se defendía con desesperación. En el semblante bronceado del aventurero se leía la decisión de matar.

Se fué cerrando el círculo de acero que amenazaba al desconocido y la punta de la tizona se lanzó sobre él. Sintió que le desgarraban la mejilla y luego el contacto cálido de la sangre que le caía por la cara hasta mancharle el traje.

Abrió la boca al comprender quién era su enemigo y lo que significaba aquel tajo en la cara.

—¡El Corsario Azul! —exclamó.

—Sí, yo soy —asintió Villegas—; y te voy a matar por haber injuriado a una mujer.

Sólo entonces pareció reaccionar la tapada y salió del éxtasis en que se encontraba. Sus ojos se animaron y avanzó hacia los combatientes.

—¡Por favor, caballero! —exclamó, dirigiéndose al capitán—. Dejadle marchar. No le matéis.

Diego quedó sorprendido por aquel inusitado ruego. En su interior, sintió la amargura de que una joven como aquélla

implorase por la vida de su rival.

Con un rápido molinete, arrebató la espada del desconocido y la apartó con el pie, amenazando al hombre vestido de negro con su tizona.

—Márchate —le dijo—, y da gracias a esta dama por su intercesión, ya que le debes la vida. —Se volvió hacia sus compañeros y ordenó—: Soltad a los espadachines.

El desconocido, sin espada y sin chambergo, se encaminó hacia la puerta. Los desarmados indeseables le siguieron cabizbajos y cariacontecidos.

Fajeda sonrió al tiempo que informaba:

—Quedan abajo tres de vuestros servidores. Es posible que uno de ellos esté inútil por completo.

Sin replicar, se alejaron los espadachines junto con su amo.

Se oyeron sus pasos en la escalera y luego era el patio, al salir a la calle.

Diego se volvió entonces hacia la tapada.

—Perdonad, señora, si hemos herido a este caballero y atacado a sus servidores. Pero os oímos gritar y subimos a ver lo que ocurría. Los lacayos quisieron cerrarnos el camino y fué menester desarmarles.

—Muy bien hecho —asintió la dueña, examinando a Pedro con admiración.

—Luego creí que ese caballero os amenazaba y le desafié a luchar. Os ruego de nuevo que me excuséis, pero creí que os encontrabais en un apuro.

La tapada no respondió, limitándose a agachar la cabeza. Pero la dueña volvió a intervenir:

—Así era, en efecto.

—Nada_ más tengo que deciros —añadió Villegas, contemplando con frialdad a la joven—, y os ruego que me deis licencia para retirarme.

La tapada se decidió a alzar la vista y pudo leer en la mirada de los cuatro corsarios el concepto que habían formado de ella y las razones que creían que la impulsaban a interceder por la vida del hombre vestido de negro.

—Antes debo daros las gracias —murmuró— y que excuséis mi reacción que será incomprensible para todos.

Diego se encogió de hombros.

—Nadie tiene derecho a juzgar los sentimientos y los afectos de los demás —declaró—. Y ahora os ruego nuevamente que me deis licencia para retirarme —añadió al tiempo que se dirigía hacia la puerta.

—¡Esperad!

Villegas y sus amigos se detuvieron. La tapada se retorció las manos, indecisa y temblorosa. La dueña le hacía signos de que podía confiar en los corsarios.

—Habéis demostrado que sois un caballero, ayudando a una desconocida, y no quisiera que confundierais mis sentimientos —explicó—. Existen razones muy poderosas para que os haya pedido la vida de ese hombre.

—Nada os hemos preguntado, señora —dijo el alférez—, pero si en algo podemos ayudaros contad con nuestras espadas.

La tapada dudó un instante.

—Bien sabe Dios lo necesitada que estoy de ayuda y, de todos modos, sois mi única esperanza. —Se volvió a la dueña y rogó—: Cierra la puerta, Mencía.

Iba a obedecer la dueña, cuantío Fajeda se le adelantó. Mencía le dirigió una fogosa mirada y dijo:

—Gracias.

Pedro quedó algo confuso, pero hinchó el pecho y contrajo los músculos de los brazos.

La tapada continuó.

—Quisiera saber vuestros nombres, caballeros.

El Corsario Azul, haciendo una reverencia, dijo:

—Soy el capitán Diego de Villegas, Marqués de Castro del Río. —Se volvió a sus compañeros y los fué presentando—: El piloto Martín Ohando, patrón de mi buque, el alférez Juan Pérez de Lerma, y éste es Pedro Fajeda, mi escudero y mi amigo.

La desconocida miró coto curiosidad a Diego.

—¡El capitán Villegas! Ahora recuerdo que don Octavio os llamó el Corsario Azul.

—Ese nombre me dan. Pero si no fuera atrevimiento, gostaríamos saber a quién hemos tenido el honor y la dicha de servir.

—Clara de Figueroa y de Obregón.

La dama se despojó de la capa y del antifaz. Quedaron absortos los corsarios. Era mucho más hermosa de lo que habían creído. Su rizada cabellera rubia caía hasta su recta espalda y el traje de seda blanco se amoldaba a su armonioso cuerpo. De toda su persona emanaba un aire de distinción y de serenidad. Los ojos negros resaltaban sobre la nacarada y tersa piel y la fina nariz, contribuía a aumentar su aspecto reposado.

Mencía se despojó a su vez de la capa y del antifaz. Poseía cabello negro y lustrado y las rasgadas pupilas negras examinaban con coquetería al hercúleo escudero. Al andar y al moverse se contoneaba con coquetería y su respingona nariz daba la sensación de que siempre sonreía alegremente.

En aquella época una dueña era una persona acostumbrada a tratar siempre con aristócratas, por lo que resultaba imprescindible que poseyera elegancia, y distinción natural.

Clara invitó a los corsarios a que se sentaran, al tiempo que ella ocupaba una silla. Mencía se sentó a su lado. Diego y Martín, ocuparon las dos restantes, el alférez se sentó sobre la mesa y Fajeda quedó de centinela junto a la puerta, cambiando miradas y guiños con la dueña.

Clara hizo una pausa y comenzó.

CAPÍTULO IV

UNA HISTORIA

—Nací y me crié en la villa y corte de Madrid. Era mi padre el maestre de campo^[4] don Claudio de Figueroa, que tan distinguido papel hizo en la guerra contra los moriscos. Cierta día conocí a un rico perulero^[5] que había venido a la corte para —conocer el corazón del Imperio. Se llamaba Vicente de Obregón. Hicimos amistad y no tardé en enamorarme de él.

La joven hizo una pausa como si recordase las horas de dicha, que Mencía aprovechó para decir:

—Con gran desesperación de los barbilindos de la ciudad, que no hacían más que cortejarla.

—Lo creemos —aseguró Pérez de Lerma.

—Resultó que Vicente se había enamorado de mí. Me acompañaba a la iglesia y a las justas, aseguran dome siempre que me amaba y pidiéndome que fuera su esposa: Dije que sí y nos casamos. Entonces embarqué para las Indias, acompañándonos Mencía, que jamás se había separado de mí. Los tres primeros años que pasé en La Española fueron los más felices de mi vida. Cazaba con mi esposo y asistíamos a los bailes que celebraban nuestros vecinos. Con frecuencia acudían ellos a nuestra plantación. Los días pasaban en una interminable dicha, junto a Vicente y a nuestra hijita, Juliana. Yo tan sólo rogaba a Dios que todo continuara igual, sin pedir nada ni ambicionar cosa alguna. Hasta que una noche...

* * *

Los esposos cenaban en el amplio comedor de su mansión. Los

candelabros esparcían su luz por la sala y a través de las abiertas ventanas entraba el aire fresco, mezclado con el perfume de las flores del jardín.

Varios criados servían los platos. Clara y Vicente se miraban a través de la mesa, sonriendo felices como en su primer día de matrimonio.

Un sirviente se acercó a Obregón.

—Señor, han llegado unos viajeros que piden asilo por esta noche.

—¿Qué haces que aún no les has admitido en la casa?

—Quería consultaros, ya que su aspecto...

—¿Desde cuándo un español niega albergue a causa del aspecto?

—exclamó el plantador—. ¿Cuál es su condición?

—«Parecen un caballero y sus servidores».

—«Entonces acompañad al caballero hasta, aquí y conducid a los servidores a la cocina».

Al poco rato, siguiendo al mayordomo, entró un hombre alto y joven, vestido de negro. Se detuvo en el umbral y, haciendo una reverencia, declaró:

—Mi nombre es Octavio de la Torre.

El hacendado se puso en pie.

—«Soy Vicente de Obregón. Ésta es mi esposa Clara. Perdonad el descuido de mis sirvientes, que hasta ahora no os han acompañado hasta aquí. Sentaos».

Hízolo, así el viajero y continuó la cena. Octavio informó que se dirigía a la población de Neiba y que se había perdido en la noche. Ninguna otra explicación dio a su viaje y Obregón, a fuer de caballero, no hizo pregunta alguna a su huésped, limitándose a ofrecerle el asilo que le pedía.

Nada extraordinario ocurrió durante el resto de la cena, pero Clara se dio cuenta de que los ojos de la Torre permanecían fijos en ella. Era cierto, se dijo la joven, lo que el mayordomo había dicho acerca de su aspecto. Octavio era a todas luces un hidalgo, pero había en su persona algo repelente y poco tranquilizador. Semejaba una serpiente.

Concluida la cena se retiraron y Clara pensó que a la mañana siguiente aquel hombre habría desaparecido de su vida para siempre.

Pero no fué así.

Cuando se levantó, encontró a Octavio en la sala, apoyándose en un bastón.

—Cuando iba a montar a caballo, para marchar, tuve tan mala fortuna que me caí, torciéndome un tobillo. Ahora deberé abusar de vuestra generosidad.

Clara, sin saber por qué, se estremeció.

—¿Habéis hablado con mi esposo?

—Me dijo que podía permanecer aquí todo el tiempo que fuera preciso.

—Entonces, yo nada tengo que decir.

Pasaron así dos días. Durante este tiempo Clara pudo ver a los lacayos de la Torre. Eran forajidos. Le recordaban a ciertos bravucones a sueldo que había visto por las calles de Madrid. Lucían la espada y el puñal al cinto. Sus rostros, llenos de cicatrices, tenían una expresión patibularia y sonreían como bandidos en tierra conquistada.

Cierta mañana en que Clara paseaba por el jardín, recogiendo flores, se acercó Octavio, cojeando apoyado en su bastón.

Vicente había partido a caballo con el capataz para inspeccionar desperfectos que habían causado unos toros bravos al entrar en un campo de azúcar.

—Buenos días, señora. —Saludó de la Torre.

Clara hizo una inclinación de cabeza.

—¿Cómo os sentís esta mañana?

—Muy mal, a fe mía.

—¿Os duele aún el tobillo?

—No es ahí donde anida mi pesar —explicó Octavio—; es en mi alma y en mi corazón.

Clara, adivinando lo que se avecinaba, quiso desviar la conversación.

—Haré que venga el físico de San Cristóbal.

—No es mi mal de los que un físico puede curar con una lanceta y varios ungüentos —dijo Octavio, sonriendo con ironía—. Mi dolencia es moral. Hace presa en mi alma, como una nigua^[6] y se extiende por todo mi cuerpo. Es como una muerte lenta, como la desesperación del que aguarda el indulto y no llega, es sufrir por estar lejos y padecer por estar a su lado. Mi dolencia se llama Clara.

Dio la joven un paso atrás, algo asustada. Pero enseguida se recobró. Irguió la cabeza con orgullo y fijó en Octavio una fría mirada.

—Olvidáis, caballero, que soy casada.

La Torre sonrió de nuevo.

—Sólo sé que me habéis deslumbrado con vuestra belleza y que he de conseguiros, pues acabaré por enloquecer.

Clara le miró con desdén.

—Tened más juicio y marchaos. Olvidaré lo que habéis dicho y nunca más volveremos a acordarnos.

—Eso no —dijo él—. Yo no quiero renunciar a vos. Sois la mujer más hermosa que he visto y no quiero perder lo que tardé tanto en hallar.

Mientras hablaba, Octavio iba avanzando hacia la joven con los ojos encendidos de pasión y las mandíbulas apretadas. Con gran sorpresa Clara observó que la Torre había soltado el bastón y que no cojeaba al andar. Entonces lo comprendió todo.

—¡Habéis mentido! —exclamó—. Simulasteis que os dolía el tobillo para quedaros aquí.

—Así es —asintió Octavio—. Jamás cejo cuando me propongo una cosa y haréis bien en no contrariarme.

Se irguió la joven, con todo su orgullo de mujer honesta a la que habían ultrajado.

—¿Qué es lo que os habéis creído? Marchaos enseguida...

No pudo concluir la frase. La Torre se abalanzó sobre ella, abrazándola con fuerza. Clara vio, muy cerca del suyo, el semblante del viajero contraído por la pasión, con los ojos brillantes.

—Ya dije que cuando deseo algo no paro hasta obtenerlo.

Pero Clara era una mujer muy decidida. Empuñó las tijeras que empleaba para cortar flores y las colocó en el pecho de Octavio.

—Soltadme —ordenó.

Las afiladas puntas de las tijeras eran dos terribles puñales, de modo que la Torre no tuvo más remedio que obedecer.

Apresuradamente, la muchacha echó a correr, refugiándose en la casa. No paró hasta encontrarse en su habitación. Le temblaban las piernas y sentía un terrible sofoco. El corazón le latía con fuerza y estaba a punto de llorar. Jamás había sido injuriada de aquella manera. En la corte tuvo muchos pretendientes, pero jamás ninguno

se atrevió a propasarse.

En la puerta sonaron los golpes y Mencía declaró:

—¿Puedo pasar, Clara?

Se apresuró a abrir la joven y la dueña entró en el dormitorio.

—Vi cómo subías corriendo la escalera. ¿Qué te ocurre? —preguntó Mencía.

La muchacha calló, no sabiendo qué decir.

—¿Es que no confías en tu dueña? Ya sabes que te quiero bien y que nunca te descubriré.

Convencida, Clara le relató lo ocurrido en el jardín. Mencía torció los labios.

—¡Qué bergante! Díselo a tu esposo para que le haga apalear.

—No —respondió la joven—. Conozco muy bien a Vicente y sé que no se contentaría con apalearle. Le desafiaría o le pegaría un tiro. Sé que es buen esgrimista, pero temo a esos criados que acompañan a Octavio.

—¿Y qué piensas hacer?

—Le despediré de esta casa.

Cuando llegó Obregón a la casa, Clara salió a recibirle.

—Don Octavio emprenderá el viaje esta tarde. Ya no tiene dolores en el tobillo —dijo.

Vicente buscó al huésped.

—Me ha dicho mi esposa que pensáis partir esta tarde.

La Torre apretó los puños con furor. Podía desmentir a Clara, pero no entraba en sus cálculos medirse con el atlético Obregón. De modo que dijo:

—Así es.

Cuando hubieron partido los huéspedes, Clara lauro un suspiro de alivio. De nuevo la vida volvía a ser lo que siempre fué. Un lago tranquilo y dichoso. Sin poderse contener, abrazó a su marido, besándole con pasión. Obregón la enlazó con fuerza y se echó a reír.

—¿Ocurre algo, mi señora esposa? —dijo bromeando.

Ella le miró y exclamó:

—Te quiero mucho, Vicente.

Pasaron los días y ya Clara comenzaba a olvidar aquel incidente, cuando Mencía llegó una mañana de San Cristóbal y le refirió que había visto a Octavio de la Torre en la aldea. Causó la noticia cierta inquietud a la joven, pero como Octavio no se presentó por la

plantación dejó de preocuparse.

Una tarde, mientras Clara atendía a un buhonero que le ofrecía joyas, se oyeron unos gritos en el parque. Asustada, la joven miró a Mencía y a sus camareras, como preguntándoles qué ocurría.

De pronto la dueña lanzó un grito.

—¡Juliana!

La niña estaba paseando por jardín en compañía de una doncella. Quizá le había ocurrido alguna desgracia. Clara se levantó y se disponía a salir de la casa, cuando entró la niñera llorando y se arrojó a los pies de la joven.

—¡Señora! ¡Señora, me han robado a Juliana!

—¿Qué dices?

—Paseábamos por el jardín, cuando alguien me envolvió la cabeza con una capa. Quise defenderme, pero me arrebataron la niña al tiempo que me tiraban al suelo. Comencé a gritar y acudió el palafrenero, pero Juliana había desaparecido.

Una de las criadas ahogó un gemido.

—¡Los zombíes!

Clara tuvo una visión de su hijita torturada por los hechiceros negros. Le pareció que le desgarraban las entrañas y que una losa le oprimía el corazón. Se llevó las manos al pecho. El universo se sumergió en un mar de tinieblas y la joven cayó desvanecida.

Cuando recobró el sentido se encontraba en su dormitorio. Junto al lecho vio a su esposo que la contemplaba en silencio.

—¡Vicente! —exclamó incorporándose—. ¡Juliana ha...!

—Lo sé —dijo Obregón, obligándola a echarse—. No te alteres.

—¡Nuestra hijita, Vicente! ¡La torturarán los zombíes!

—Cálmate. Voy a salir con los palafreneros a dar una batida por los alrededores.

Durante toda la noche y parte del otro día cabalaron sin descanso en busca de la niña. Los plantadores vecinos dieron a su vez batidas por los alrededores, sin encontrar rastro de la niña.

Durante una semana, Vicente y sus ayudantes recorrieron la región, acudiendo a todos los lugares donde se decía que había aparecido una víctima de los zombíes o se tenían indicios de que algunos vagabundos habían dormido allí.

La inquietud se apoderaba de Clara. No podía comer ni dormir, obsesionada siempre por la suerte de Juliana. A consecuencia de las

investigaciones de Obregón pasaba muchas horas sola, pero lo prefería, ya que de este modo conservaba la esperanza de recuperar a su hija. En una, de las noches que paseaba sola, alguien arrojó una piedra por la ventana. Se levantó Clara y encendió un candelabro.

La piedra iba envuelta en un papel que decía:

«Si deseáis saber algo de vuestra hija acudid mañana por la noche al “Mesón de los Tres Reyes Magos”, en San Cristóbal. Acudid sola, ya que de otro modo Juliana desaparecerá para siempre.

O. de la T.».

Clara llamó a Mencía y la informó de lo que ocurría.

—Mañana iremos —dijo la dueña.

Quiso la joven disuadirla, pero fué imposible. Prepararon un carruaje, guiado por dos criados que habían venido de España, con Clara, dignos de toda confianza.

Dejó el coche a las afueras del poblado y se dirigió a pie hacia el mesón. Subió hasta el cuarto dónde le esperaba Octavio.

La Torre miró con furia a Mencía.

—¿Para qué ha venido?

—Comprenderéis que no es un peligro para vos —aseguró Clara con voz serena. Luego añadió—: Ahora, ¿queréis decirme dónde está mi hija?

Octavio sonrió con cinismo.

—¿Creéis poder saberlo todo, después del modo cómo me tratasteis?

—No podía ser de otra manera.

—Sin embargo —continuó el aventurero— suponéis que sin dar nada a cambio vais a obtener el rescate de Juliana. —Se detuvo y, con un amenazador brillo en los ojos, avanzó hacia Clara—. Os he amado desde que os conocí y ahora estáis en mi poder.

CAPÍTULO V

LA DECISIÓN DE DIEGO

Clara hizo una pausa y agregó:

—Lo demás ya lo saben.

Por un instante quedaron todos silenciosos. La joven abatió la cabeza y rompió a llorar. Mencía se apresuró a consolarla.

—Vamos, vamos. Cálmate, mi niña.

Villegas consultó con la mirada a sus amigos. Ohando asintió y Fajeda murmuró muy quedo:

—Se necesita ser canalla para hacer llorar a una mujer tan hermosa.

En cuanto a Pérez de Lerma miraba embobado a Clara, apretando con furia los puños. Su opinión se comprendía enseguida, no era necesario preguntarle nada.

Diego avanzó hacia la joven.

—Os ruego que os calméis, señora. Vuestra hija no se ha perdido aún. Pensad que ese Octavio de la Torre procurará conservarla con vida pasa obligaros a acceder a sus deseos.

—Y aquí estamos nosotros para evitarlo y para salvar a Juliana —aseguró el alférez.

Clara se volvió para contemplar a Pérez de Lerma.

—¿Es cierto lo que decís?

—Desde luego —asintió Villegas—. Jamás hemos abandonado a una mujer que sufriera.

La joven contempló con atención los bronceados semblantes de los corsarios. Vio en ellos reflejado el amor a la aventura, la hidalguía y un innato sentido de la justicia que les hacía siempre

salir en defensa de los oprimidos.

—Estáis dispuestos a ayudar a una desconocida —exclamó—. No sé cómo agradecerlo, caballeros, pero me siento muy aliviada. Os he confiado los motivos que impulsaron a la Torre a hacer raptar a la niña, A mi esposo no puedo decírselo. Mi único temor es que Juliana no esté en manos de Octavio, sino en poder de los zombíes y que éste nada pueda hacer.

—Lo dudo, señora —dijo Villegas—. De ser así no os hubiera escrito. Pensad que lo que ha ocurrido lo debía haber previsto. Lo malo es que le hemos dejado escapar.

—Es cierto —respondió Clara—, pero me asusté tanto que temí que si le capturabais nunca sabría nada más de la niña. Por eso os pedí que no le matarais.

—Admiro los sentimientos que motivaron estas palabras y os ruego que perdonéis lo que yo dije.

—Por Dios, capitán Villegas, nada tengo que perdonaros. Os estoy muy agradecida por el interés que os tomáis en mis problemas.

—Clara —intervino la dueña—, será necesario que regresemos a la plantación.

—Os acompañaremos —afirmó el alférez.

—Creo más prudente que vuelva sola —dijo Clara.

—Sin embargo será mejor que nosotros, nos instalemos en vuestra mansión, ya que de ese modo será más sencillo esclarecer el misterio.

Asintió la joven.

—Mañana regresará mi esposo. Presentaos en la casa, con cualquier excusa, y os alojará. Ahora quedad con Dios.

La muchacha se colocó el antifaz y, vistiendo la capa, salió de la habitación. La dueña, dirigiendo una incendiaria mirada a Fajeda agregó:

—La plantación se llama «La Garrida».

Salieron del mesón las dos damas y los corsarios regresaron al comedor para cenar.

—Bien —dijo Villegas—, ya es tamos envueltos en otro enredo.

—A mí me encanta —aseguró el catalán.

—A ti lo que te encanta es Mencía —exclamó Ohando.

—Es natural —intervino Pérez de Lerma—. Es muy agraciada la

dueña.

—Sea como sea, recuperaremos a Juliana, castigaremos a Octavio de la Torre y acabaremos con los zombíes —afirmó Villegas.

Cenaron tranquilamente y al concluir Diego comunicó a sus compañeros:

—Debemos interrogar al mesonero.

—Ése sabrá algo —dijo el alférez—. Casi todos son unos picaros y unos chismosos.

—Pero también unos cobardes que tienen miedo de hablar —intervino el vasco.

—Yo me encargo de eso —afirmó Fajeda acariciando la empuñadura de su puñal.

—Tan calma, hombre —le dijo Villegas.

Luego el capitán llamó al mesonero. Éste acudió presuroso, haciendo muchas más reverencias que de costumbre. La pelea que habían sostenido contra los siete adversarios había agigantado ante sus ojos la importancia de los aventureros.

—¿Conocéis al hombre vestido de negro? —preguntó Diego.

—No, excelencia. Jamás le he visto.

—¿Estáis seguro, posadero?

—Así es, excelencia —aseguró éste, contemplando con terror cómo el catalán acariciaba el puñal.

—Pensadlo bien.

—Os aseguro que...

—¡Basta! —intervino Pérez de Lerma—. Voy a tocar seguidillas sobre las espaldas de ese miserable.

El mesonero, comenzó a temblar.

—¡Piedad, señor alférez, piedad! Os diré todo lo que sepa.

—Haber empezado por ahí —le dijo el capitán— y os habríais ahorrado ese susto.

—Sí, excelencia, tenéis mucha razón. Pero mis luces no alcanzan a más. Ese caballero por el que preguntáis, se llama don Octavio de la Torre.

—Eso lo sabemos ya —apremió Juan.

—Vino a San Cristóbal hace tiempo, de paso para la capital de la isla, pero al parecer cambió de idea y se instaló aquí. Desde entonces acude con frecuencia a la aldea y siempre se hospeda en

mi posada.

—¿A qué se dedica?

—Lo ignoro, señor capitán.

—¡Vamos, hablad! —ordenó Fajeda con expresión amenazadora.

—¡Es la verdad, excelencia! ¡Lo ignoro!

—¿Estáis seguro de que nada sabéis?

El mesonero tardó en responder.

—Pues veréis, nada sé con seguridad, pero he oído decir que con frecuencia hace largos viajes al interior de la manigua.

—¿Dónde vive?

—Eso también lo ignoro.

—Pues ignoráis lo único que importa.

Villegas entregó una bolsa de onzas al posadero y se apresuró a preparar el equipaje para el día siguiente.

En cuanto amaneció, los corsarios saltaron sobre la silla y se alejaron en dirección a «La Garrida».

Llegaron al desembarcadero y alquilaron una barcaza para que les condujese a la otra orilla. El barquero era un viejo pescador, nacido en la isla, Fajeda trabó amistad con él.

—¿Has visto algún zombíe?

—Líbreme Dios de ello, señor escudero —dijo el hombre persignándose.

—¿Tanto les temes?

El anciano le miró con orgullo.

—He luchado contra bucaneros, piratas y caribes y no le temo a ningún hombre, pero no deseo luchar contra endemoniados.

—¿Pues qué tienen de sobrenatural?

—Ni las balas ni el acero les pueden hacer daño.

Pedro contempló al barquero con una sonrisa de burla. Luego, acarició la empuñadura de su puñal y dijo:

—Veremos si con esto yo no puedo vencer a un zombíe.

Llegaron a la otra orilla y montaron de nuevo al caballo. Diego preguntó al barquero:

—¿Por dónde se ya a la plantación «La Garrida»?

El anciano les indicó el camino y los jinetes partieron al galope. Cruzaron a toda prisa la campiña, cubierta de plantas de caña y de café, donde trabajaban los semidesnudos negros, acompañándose de una melodiosa canción.

Continuaron avanzando hasta divisar un vasto edificio blanco de rojo techo y de dos plantas. Varios caobos se alzaban junto a la mansión y daban sombra al lugar. Un jardín lleno de girasoles, de rosas y de jazmines rodeaba la casa. Se veían asimismo, agrupados en torno a la hacienda, un buen número de construcciones de menor importancia. Eran los establos, las cuadras y las viviendas de la servidumbre. Algo más lejos se alzaba un poblado de bohíos, dónde residían los esclavos.

Los corsarios cruzaron el jardín hasta llegar al edificio principal. Tres hombres armados les salieron al encuentro.

—Soy el capitán Diego de Villegas.

Los centinelas se inclinaron y se apresuraron a tomar la brida de las monturas. El Corsario Azul y sus dos amigos se encaminaron hacia la mansión, mientras Fajeda y los guardianes conducían a la cuadra las cabalgaduras.

Un mayordomo recibió a los aventureros. Diego dijo su nombre y anunció que deseaba presentar sus respetos a don Vicente de Obregón. Les guió el mayordomo hasta un patio trasero, con piso de baldosas y mosaicos en las blancas paredes, junto a las que varios rosales y algunos árboles que extendían su sombra. En el centro se veía, un surtidor.

Clara se encontraba sentada en un amplio sillón, acompañada por Mencía, dos doncellas y varias damas.

Un hombre joven y fuerte, de buena presencia, cabellos revueltos y mirada noble, saludó a los visitantes.

—Soy Vicente de Obregón.

—Capitán Diego de Villegas, el alférez Juan Pérez de Lerma y don Martín Ohando, piloto de mi buque representó el corsario. — He sabido la desgracia que os aqueja y hemos acudido a ofreceros nuestros servicios por si en algo podemos seros útil, caballero.

Obregón se inclinó.

—Mucho os agradezco vuestra cortesía, señores. Dios sabe lo necesitado que me encuentro de ayuda y todo el que viene a ofrecerla se hace acreedor de nuestra más profunda gratitud.

El plantador les presentó a su esposa, a Mencía y a varias damas y caballeros, propietarios de haciendas vecinas que habían acudido como los corsarios, a ofrecer su ayuda a los esposos Obregón.

CAPÍTULO VI

LA GARRIDA

Mientras el mayordomo disponía las habitaciones que debían ocupar los corsarios, los tres amigos acompañaron a Obregón hacia su despacho, seguidos por los demás caballeros.

Una vez allí, Vicente exclamó:

—No quiero ocultar la alegría que me produce vuestra llegada, caballeros. No sólo porque así quizá logre recuperar a mi hija, sino porque podremos acabar con los zombíes para siempre. Podéis juzgar que somos una compañía a vuestras órdenes, señor capitán. Casi todos hemos luchado contra bandidos, indios o bucaneros y ninguno desconoce el manejo de las armas. Así, pues, nos encontramos a vuestra completa disposición.

Diego sonrió, agradeciendo estas palabras.

—Me confiáis un gran honor y una tremenda responsabilidad, caballeros. Procuraré, sin embargo, cumplir con mi cometido lo mejor que sepa. Debo, no obstante, hacer algunas averiguaciones, puesto que me encuentro en la más completa ignorancia con respecto a la materia. ¿Cuándo aparecieron los zombíes?

Obregón se acarició la barbilla.

—Es difícil asegurarlo. Son los zombíes una parte de las creencias idólatras que los negros han implantado desde África. Aparecen de vez en cuando en todos los lugares donde se encuentran grandes núcleos de esclavos. Se castiga a los hechiceros y durante un tiempo cesan los desmanes; luego reaparecen. Durante mucho tiempo había habido tranquilidad por aquí. Hará cosa de un año que se oye hablar de los zombíes.

—¿Quiénes les mueven?

—Hechiceros que surgen entre ellos y que logran despertar su imaginación infantil. Lo más difícil es desenmascarar a esos brujos, ya que constituye una especie de secreto entre ellos. Yo imagino que los hechiceros que mueven a los negros son cimarrones que huyen por el bosque.

—¿Existen muchos cimarrones?

—En todos los terrenos abruptos y por las maniguas se encuentran siempre negros huidos. No es necesario que sean muchos y se aseguraba que hasta aquí han llegado algunos supervivientes de la banda de Santos Kakaracou^[7].

—¿Han cometido desmanes?

—Robos sin importancia.

—Yo creo —intervino Ohando— que lo importante sería que lográramos descubrir el aquelarre o punto de reunión. En las Vascongadas han surgido con frecuencia las sorguiña^[8] y conozco hasta cierto punto sus usos, famas dejan de tener un lugar donde ejecutan sus ceremonias. Si lográramos descubrirlo se podría acabar con esos endemoniados.

Quedaron todos silenciosos. Diego se atusó el bigote con perplejidad.

—¿Existe algún rito o alguna señal que excite su cólera? —preguntó al fin.

Obregón miró a sus amigos.

—Ninguno —respondió.

Un anciano quiso saber:

—¿Por qué razón deseáis despertar su cólera?

—Si eso lográramos, mandarían a algún zombíe hacia aquí y entonces, capturándole, no sería difícil obligarle a hablar.

Quedaron todos silenciosos, como si les hubiera aterrado la idea de capturar a uno de aquellos endemoniados.

Villegas les miró con asombro. No cabía duda de que eran todos hombres decididos acostumbrados a luchar y a enfrentarse con el riesgo.

—¿Es que creéis también que ni las balas ni el acero logran vencer a los zombíes? —preguntó extrañado el capitán.

—No lo creemos —respondió uno de los caballeros— pero se ha hablado tanto de que son invulnerables y como nadie ha logrado

jamás capturarles, nos sentimos algo cohibidos.

—Pues no se preocupen más. Voy a presentaros a un hombre que se ha batido con brujos, con hechiceros y con poseídos por el diablo. ¿Queréis, don Vicente, ordenar que venga mi escudero?

Agitó Obregón una campanilla y transmitió la orden del capitán. Al poco rato, el escudero entró en la sala. Entre los plantadores, gente acostumbrada a tratar con indios, con cimarrones, con bucaneros y con cazadores, el salvaje y guerrero aspecto del catalán causó un movimiento de sorpresa.

—Éste es Pedro Fajeda; mi escudero, mi amigo y mi compañero de aventuras durante muchos años. Dicen por ahí —continuó, dirigiéndose al corsario— que los zombíes, como están endemoniados, resultan invulnerables a las armas.

El catalán sonrió con ferocidad.

—No lo crean vuestas mercedes. No soy más que un ignorante soldado; pero he visto con mis propios ojos cómo los brujos que atacaban nuestra nave en la Guinea caían atravesados por los arcabuzazos. En Argelia me he batido a espada contra, unos hechiceros y yo sigo vivo. En Nápoles, donde están muy en uso las prácticas de brujería, he ahogado a uno con mis propias manos y entregué dos al Santo Oficio. En Flandes acuchillé a cuatro y jamás vi que el acero se rompiese contra su carne.

—¿Existe algún signo o alguna señal que despierte la cólera de los hechiceros? —preguntó el Corsario Azul.

Fajeda quedó un instante silencioso.

—Varía mucho según la nación a la que pertenecen los brujos, pero el capitán Contreras^[9] me dijo que nada odiaban tanto como la cabeza de un macho cabrío colocada sobre una pica.

—Probaremos —aseguró Diego.

* * *

El crepúsculo extendía sus tintes escarlata a través de las ramas de los caobos y de los eucaliptos. Por todo el horizonte se cernía el tono rojizo del anochecer.

Los esclavos y los labradores regresaban a sus viviendas. La jornada, con sus esfuerzos, sus calores y sus ilusiones, concluía para dejar paso a unas horas de descanso en las que los hombres podían gozar de la belleza del panorama y de la frescura del aire.

En la plantación los huéspedes se reunían en el patio, donde la servidumbre les ofrecía bebidas refrescantes. En la parte trasera de la mansión, palafreneros, capataces, guardianes, doncellas y personal de cocina charlaban y reían, o tañían las vihuelas, entonando viejas melodías.

En los bohíos, los negros batían tambores y maracas, mientras unas negras se agitaban al ritmo de la música. Un cantor de voz nasal interpretaba una tonada en la extraña jerga negra, mezcla de palabras castellanas, caribes y africanas.

Fajeda llegó desde la cuadra donde había estado cepillando los caballos de sus amos. A nadie cedía este trabajo, ya que para él, todo lo que se refería al capitán Villegas era casi sagrado.

Pedro se había despojado de la espada y de las pistolas, conservando tan sólo el puñal berberisco.

Los sirvientes de la casa le recibieron con singulares muestras de respeto y de temor. En aquella época, los soldados constituían una casta aparte, ante la que todos se sentían inferiores. Eran los soldados los aventureros de nacimiento que voluntariamente abrazaban las armas, la única profesión que les permitía llevar la existencia que ellos amaban. Sobre un pie siempre, dispuestos a volar, recorriendo el mundo como cantos rodados y como los cantos rodados sin ahondar la tierra en ningún sitio y sin recoger musgo, escribiendo la historia a cintarazos y conquistando nuevos imperios para su rey. La presencia de un soldado cohibía a la gente sedentaria y despertaba la imaginación ardiente de las mujeres con su figura viril y recia, hablándoles de lejanos y desconocidos países, de peligros y de victorias.

Además, era peligroso excitarles. Por cualquier nimiedad aireaban los estoques y arremetían contra el auditorio. Una vez encolerizados, los soldados olvidaban fácilmente que se encontraban entre amigos y su comportamiento era igual que en terreno conquistado. Nada estaba seguro, ni la dobla en el fondo del arcón, ni la gallina en el corral, ni la vida del transeúnte. Sus belicosos temperamentos esperaban, como si fuera el maná, la ocasión de guerrear y en innumerables ocasiones les importaba muy poco cuál era el motivo.

Pero si eran temidos los soldados, las tropas auxiliares del ejército de España, corsarios, «levantes», «delatats» y cuerpos

francos, que carecían de la disciplina de los primeros y cuya altanería y ferocidad era mucho mayor, causaban verdadero pánico entre la población pacífica. Éstos eran las «malas cabezas» del Imperio español, aquellos que resultaban demasiado díscolos para ser encuadrados en los tercios o en la marina real y se agrupaban a las órdenes de un cabecilla más loco y más furioso que todos ellos que les metía en cintura y auxiliaban a las tropas regulares en la guerra, dejando por donde pasaban un rastro de sangre, incendios y mujeres enamoradas.

Quedaron todos los criados muy comedidos en presencia del escudero, mientras las doncellas le dirigían miradas de admiración.

—Ya no tenéis que preocuparos de los zombíes —declaró Pedro—. Mi capitán ha venido aquí para acabar con ellos.

—Son muy peligrosos los zombíes —declaró una linda cuarterola^[10], mostrando al sonreír sus blancos dientes—. Asesinan a «to» lo que encuentran.

El catalán sonrió a su vez.

—No temas, morenita. Si me lo ordena el capitán, los echaré a puntapiés.

La cuarterona guiñó los ojos con un gesto de coquetería y miró de soslayo al corsario.

—«Ahóla» ya no tengo miedo, «polque» estáis aquí.

Mencia apareció en la puerta.

—¿Qué hacéis aquí? —les increpó a las sirvientas—. Id a vuestro trabajo. —Luego se volvió a Fajeda—. Venir conmigo, señor escudero. Probaréis unos dulces que yo misma he hecho.

Pedro siguió a la dueña, entre las sonrisas de inteligencia de los hombres y las miradas de envidia de las mujeres.

Mencia guió al catalán hacia la cocina. Reparó en los hercúleos brazos del corsario y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Qué fuerte sois!

Fajeda contrajo los músculos de modo, que se advirtiese aún más su férrea constitución, lo que acabó de maravillar a la dueña.



Fajeda mató un macho cabrío y clavó la cabeza en un palo.

—Juraría que de un solo manotazo sois capaz de matar a un hombre —dijo.

Se pavoneó el catalán con simulada modestia.

—Y no juraríais en falso, mi señora doña Mencía.

—¿Lo habéis hecho alguna vez?

—¡Oh, infinitas veces! Esto, entre los «delats», no tiene

importancia. Son parte de la profesión.

—¡Contadme, cantadme!

Pedro carraspeó como si le costara hablar y se dolió:

—¡Tengo, tan seca la garganta! He andado, por la cuadra todo el día y tragué mucho polvo.

Mencía hizo un ademán de contrariedad.

—Debí haberlo supuesto. ¿Cómo no se me ha ocurrido pensarlo? Os serviré un vino amontillado que no lo hay mejor en España. ¿O quizá preferiríais jerez?

—Traed de ambos, señora, que un soldado no le hace ascos a nada.

Llegaron a la cocina y la dueña instaló a Fajeda en una amplia mesa. Luego agitó una campanilla, a cuyo son acudió la linda doncella cuarterona, dirigiendo siempre alegres sonrisas al corsario. Éste examinó con más atención a la sirvienta. Su semblance, de tez casi blanca, resultaba atractivo, con una belleza extraña y salvaje. Tenía grandes ojos, aterciopelados, la nariz chata y la boca carnosa. Por debajo del turbante que envolvía su cabeza caían algunos rizos negros. Vestía un traje blanco que se ajustaba a su esbelto y ágil cuerpo y sobre los hombros ostentaba una pañoleta de encaje. Andaba balanceando las caderas.

—Sirve al señor escudero vino y los platos que para él he dispuesto —dijo la dueña.

—Con mucho gusto —asintió la cuarterona.

Salió de la cocina, regresando al poco rato con unas botellas y un vaso que colocó ante el catalán. Luego le sirvió un gran pastel, platos y cubiertos.

Sin hacerse rogar, Fajeda atacó las viandas y comenzó a beber, bajo las miradas de admiración de Mencía y de la sirvienta.

Al cabo de un rato dijo la dueña:

—Cantadme algunas de vuestras aventuras.

Pedro simuló recordar y comenzó a decir:

—Nos hallábamos en Flandes, mi capitán y yo. Un cuerpo de tropas inglesas nos atacaba. Eran muchos. Por todas partes se veían coletos escarlata. A nosotros ya no nos quedaban municiones. Entonces me dijo el capitán: «Pedro, deberemos batirnos al arma blanca». «Ya era hora», repuse yo. Desenfundamos las espadas y cargamos contra los ingleses. Esgrimíamos tan deprisa que

ensartábamos a los ingleses antes que éstos se dieran cuenta de nuestra presencia y así, a estocadas, nos fuimos abriendo camino. Luego, cuando ellos se daban cuenta, ya habíamos pasado y comenzaban a batirse ingleses contra ingleses...

CAPÍTULO VII

LOS ZOMBÍES

A la mañana siguiente, Fajeda mató un macho cabrío y clavó la cabeza en un palo, que hizo colocar ante la mansión.

Luego lo examinó, como un artista a su obra maestra, y murmuró:

—Veremos si cumples con tu obligación y haces que los zombíes se enfurezcan. Eso complacerá a mi capitán. Yo no lo entiendo, pero cuando él lo dice será lo mejor.

Pronto se extendió la noticia entre los esclavos. Habían colocado un sortilegio ante la hacienda que despertaba el enojo de los malos espíritus. Los zombíes les irían a buscar a los bohíos y les quebrarían los huesos. El pánico cundió entre los esclavos. Fué necesario que los capataces impusieran su autoridad, ya que de otro modo no lograrían hacerles trabajar.

De plantación en plantación, de choza en choza, la noticia se propaló por toda la comarca. Se trataba de excitar la cólera de los zombíes. Querían sacarlos de sus madrigueras para que devorasen a las mujeres y a los niños.

* * *

En lo más frondoso de la selva se abría una profunda caverna. Ante la entrada montaban guardia dos negros desnudos, armados de lanzas.

Algunos esclavos que se acercaban a ellos pronunciaban unas palabras en dialecto negro y los centinelas les dejaban pasar.

Entonces los negros se internaban en la cueva, cruzando por un

largo corredor de techo abovedado y lleno de estalactitas. El piso parecía allanado por innumerables transeúntes. Los negros marchaban a lo largo de los corredores. De trecho en trecho se veían antorchas que alumbraban el camino.

Llegaron por fin a una amplia sala, forjada por la naturaleza, por cuyo centro se deslizaba un arroyuelo. El techo lo formaban estalactitas agudas como puñales y en algunos rincones se alzaban columnas tan gruesas como un hombre.

Un gran número de antorchas alumbraba aquella habitación natural y en el centro ardía una hoguera.

Sobre una piedra descansaba un macho cabrío que contemplaba con sus ojos de loco la extraña escena que ante él ocurría.

Por el suelo saltaban sapos, a los que habían coronado con plumas.

Un gran número de negros se hallaban sentados en el suelo. Iban desnudos por completo a excepción un taparrabos, pero todos lucían extraños adornos. Cascos de plumas collares de conchas, vudus o amuletos colgados del cuello. Todos permanecían silenciosos, con la cabeza inclinada ante la presencia del macho cabrío. Cuando los sapos pasaban junto a ellos, los tomaban con las manos y se los colocaban en la cabeza. Luego volvían a dejarlos en el suelo.

A ambos lados de la piedra donde descansaba el macho cabrío, se veían sentados unos diez hombres de extrañas vestiduras. Se hallaban cubiertos por una caperuza de paja que les llegaba desde la cabeza hasta los pies. Otros lucían tan sólo una falda de bejucos y se ocultaban la cara bajo un cucurucho pintado a listas verdes y blancas. En las manos y en los tobillos ostentaban pulseras y ajorcas de colores y empuñaban matracas, hechas con calabazas, rellenas de piedras. Eran los hechiceros.

Junto a la entrada se veían unos negros que sostenían entre las piernas tambores contruidos con troncos vacíos y una piel de toro curtida. Ostentaban dibujos en el pecho y en la cara y, algunos, máscaras pintadas.

Un impresionante silencio imperaba en la sala.

De cuando en cuando, algún murciélago cruzaba por la estancia.

De improviso, un negro, vestido como los hechiceros, que blandía un puñal, entró en la habitación natural. Los tambores

comenzaron a batir y la multitud fué siguiendo con sus voces el lánguido y fúnebre ritmo de los tambores. Dos gigantes, luciendo un taparrabos, pinturas mágicas y máscaras grotescas hicieron entrar a viva fuerza a un negro, con los ojos vendados, cuyas manos se veían atadas a la espalda. Le arrastraron ante el macho cabrío, obligándole a arrodillarse.

El hechicero mayor alzó el puñal y comenzó a arengar a los espíritus de la selva. Debían protegerles y ayudarles para ejecutar su misión. Allí tenían ante su representante a un neófito que deseaba convertirse en zombíe. Entregaría su alma al macho cabrío y estaría dispuesto a ejecutar todas sus órdenes. Después rogó a los espíritus malignos que no les persiguieran y que para aplacar su cólera les ofrecían muchos sacrificios humanos.

Al concluir sus palabras, el ritmo de los tambores se hizo más rápido. Cada vez más rápido, hasta que alcanzaron una frenética persistencia.

En los zombíes allí congregados se comenzaron a percibir señales de agitación. Sus miembros parecían sufrir convulsiones, que seguían el ritmo de la música. Sus semblantes se contraían, como si fuertes pasiones los dominasen.

Inesperada y bruscamente, cesaron los tambores.

De nuevo reinó un nervioso silencio en la habitación y, de pronto, un ser extraño entró de un salto y cayó al suelo, lanzando un grito raro a imitación del canto del gallo.

El nuevo personaje vestía una amplia falda de bejucos y en el oscuro y fuerte torso lucía pinturas grotescas que representaban diablos y sapos. Sobre la cabeza ostentaba una cabeza de gallo^[11]. En los brazos y las piernas lucía anillos de bejucos y de metal.

De pronto se puso en pie y, al compás de los tambores que habían reanudado su ritmo, comenzó a bailar. Era una danza frenética y sin reglas, que inventaba el bailarín, remedando algunas de las posturas de los gallos.

No se ha logrado descubrir, la causa, pero en casi todas las sectas de brujería de los negros americanos, especialmente en Cuba, existen tres animales que representan sus deidades o que juegan un importante papel: el macho cabrío, el sapo y por último el gallo. Durante los últimos años de dominación española en Cuba las autoridades debieron disolver, encarcelando a muchos de sus

afiliados, una secta negra, denominada los ñañigos, que cometían, un sinfín de crímenes y eran refugio de criminales, uno de cuyos ritos, de antiquísimo origen, era beberse la sangre de un gallo muerto. Entre las brujas que aparecieron en Europa durante la Edad Media y principios de la Moderna, a raíz del nacimiento del protestantismo, fueron adorados principalmente los sapos y el macho cabrío.

El bailarín continuó su frenética danza, cuya locura pareció que se iba contagiando a todos los zombíes. Éstos acompañaban el baile con un incesante batir de palmas.

De pronto, el «gallo» saltó por encima del neófito, simulando que agitaba las alas y dejó caer un amuleto. Luego desapareció, al tiempo que cesaba la música.

El hechicero mayor tomó el amuleto y se lo colgó al cuello del neófito. Después sacó un gallo de detrás de la piedra donde descansaba el macho cabrío y con su cuchillo lo degolló. Lo mantuvo un instante en el aire, permitiendo que se desangrase y cuando el neófito estuvo empapado por el líquido rojo, tiró a un lado el cadáver del animal.

Entonces el hechicero alzó los brazos, lanzando gritos de triunfo. Los tambores comenzaron a batir y los zombíes estallaron en alaridos de victoria y comenzaron una danza salvaje y frenética, en la que simulaban ser diablos y perseguir doncellas.

Todos danzaban formando grandes cadenas, que pasaban por delante del macho cabrío. El «gallito» reapareció y ocupó su puesto al frente de los bailarines, y éstos, en fila india, fueron remedando todo lo que aquél hacía. Así recorrieron la sala gesticulando y braceando, al compás de los tambores, que no cesaban de tocar. Los hechiceros, con sus matracas, acompañaban la tonada de los tambores y todas las voces se unían para cantar una extraña y alegre salmodia.

De vez en cuando, los timbaleros golpeaban con más fuerza y los zombíes daban un paso al frente al tiempo que echaban el cuerpo para atrás.

Cada vez que pasaban ante el neófito le pasaban la mano por el cuerpo, impregnándosela de sangre, después se la llevaban a los labios. Se hubiera dicho que el sabor de la sangre les enloquecía, pues las cabriolas se hacían más furiosas y sus gestos eran más

horribles:

El neófito que, con los ojos vendados, asistía a la escena, comenzaba a sentir la borrachera de la música, de los gritos y de la sangre. Su cuerpo se veía preso de extrañas convulsiones. Pugnaba por librarse de las ataduras y por levantarse.

Los dos guardianes forcejeaban con él para que no lo lograra y el negro chillaba como si le estuvieran torturando. Los zombíes juzgaban que era el alma que se resistía, a pesar de poder de los hechiceros y redoblaban sus contorsiones para obligarla a hacerlo.

Al fin, el negro cayó desvanecido, agotado por la tensión y por el esfuerzo.

Habían vencido. La danza alcanzó la cúspide del frenesí. Corrían de un lado para otro, agitando las manos y saltando como locos. Una nueva presa había caído en poder del Macho Cabrío.

Los zombíes comenzaron a caer vencidos por la fatiga. Algunos, se agitaban en espasmos epilépticos, mientras otros se agitaban presa de extrañas convulsiones. Dos negros despedían por la boca espumarajos blancos.

El sumo hechicero contempló a los hombres que yacían rendidos en el suelo de la gruta. Tan sólo los timbaleros y los brujos se mantenían en pie. Los dos guardianes continuaban junto al nuevo zombí desmayado.

Con agua del arroyo mojaron la cara del desvanecido negro y éste se levantó. Entonces, con voz profunda, el hechicero le habló al oído. Aun no era completamente uno de los elegidos. Faltábale el rito principal. El había deseado convertirse en zombí y su alma había sido aceptada, pero debía demostrar que no se resistía a las órdenes que emanaban del macho cabrío, y que se entregaba a él por completo. De otro modo moriría allí mismo. Si dejaba de ejecutar lo que le ordenaban sería perseguido y torturado hasta que muriese. Debía salir de la gruta y matar a la primera persona que hallase, aunque ésta fuera su propia madre. Si esto no cumplía, los espíritus malignos le habían de matar.

El negro, como si no poseyera voluntad, respondía con entonación mecánica:

—¡Haré lo que me dicen!

Pero en su voz no se advertía dolor por la terrible misión que le encargaban, ni miedo porque le pudieran matar. Tan sólo el deseo

de cumplir la orden de los hechiceros.

El brujo arrojó el puñal en el aire y comprobó la dirección que desde el suelo señalaba el arma. Luego la recogió. Hizo una seña a los guardianes y éstos sacaron al negro de la gruta, seguidos por el hechicero. Una vez fuera desataron al nuevo zombíe y le quitaron la venda de los ojos, colocándole en la dirección que el acero había señalado.

El brujo le puso el puñal en las manos y ordenó:

—¡Mata!

El zombíe echó a andar con pasos lentos y mecánicos. Como si otra voluntad que no fuera la suya le impulsara a marchar.

No parecía sentir los pinchos que le desgarraban la carne, ni las ramas que le azotaban el semblante. Continuó su camino, a través de la noche, sin desviarse ni un punto de la dirección que le habían trazado.

La selva se veía solitaria y oscura. Nadie se atrevía a cruzar sus caminos, desde que éstos eran ocupados por los zombíes y el negro avanzó hasta llegar a los límites del bosque. Se internó en unos cafetales y fué marchando sin descanso, atento tan sólo a la orden que vibraba en su mente:

—¡Mata!

Por último vio alzarse ante sus ojos la negra mole de una mansión cuyas ventanas brillaban con la luz de unos candelabros.

Era «La Garrida».

CAPÍTULO VIII

UN ENCUENTRO NOCTURNO

Fajeda limpiaba con gran esmero el caballo de su capitán. Aunque él no era palafrenero ni lacayo, sino hombre de armas, conocía todo lo referente a corceles y el mejor modo de cuidarlos y de embellecerlos.

Sabía también cuáles eran los gustos de su amo con respecto a las cabalgaduras. Gustaba don Diego de que el caballo tuviera la cola y las crines bien peinadas, de modo que al galopar flotasen al viento y se fijaba mucho en los cascos, preocupándole que estuvieran bien herrados.

Examinaba satisfecho su obra, cuando oyó un ruido en la puerta de la cuadra. Impulsado por una larga vida de peligros, el escudero echó mano al puñal berberisco que lucía en el amplio cinturón de cuero pero al instante sonrió y apartó la mano del arma.

La que acababa de entrar era la dueña Mencía.

—Pasad, señora mía —invitó el catalán—. La habitación no es digna de la visita.

—Se conoce al soldado en el habla, señor Fajeda. De otro modo os tomaría por lacayo.

Pedro se irguió ofendido.

—No es deshonor cuidar del caballo de mi capitán, que me honra con su amistad. El Corsario Azul bien merece que yo le sirva.

—No os incomodéis, señor escudero —repuso Mencía, devorando con los ojos al forzudo aventurero. Luego, para justificarse, añadió—: Vi luz en las cuadras y entré para ver quién andaba por aquí. —Se acercó al catalán, que permanecía en jarras,

con las piernas muy abiertas, sonriendo con coquetería—. Desde que estáis aquí no les temo a los zombies.

Se echó a reír el corsario.

—¡Bah, los zombies! Olvidadlos, que muy pronto se van a acabar. Mi capitán se lo ha propuesto y siempre consigue lo que se propone. Pedro acercó la mano a la empuñadura del puñal y agregó: —Dicen que ni el plomo ni el acero les mata. Quisiera ver quién resiste un palmo de esta hoja.

Mencía examinó el arma con curiosidad.

—¡Qué graciosa daga! Semeja morisca.

—La capturé en el Mediterráneo, asaltando una djerma muslin^[12].

—¿A cuántos hombres habéis arrebatado la vida con ese puñal?

Pedro se contoneó con bravuconería.

—Algunas veces lo he hundido en la carne hasta el recazo, pero mi joyosa^[13], aquella de dos filos y empuñadura de reja, ha sacado más sangre que un barbero. ¡Con él he hurgado las tripas a más de un valentón, descalabrado a más de un rival y cortado no se cuánta gola turquesa!

—Sois un valiente —exclamó arrobada la dueña—. Basta veros para comprender que habéis sido actor de infinitas proezas. Semejáis un héroe clásico, tan fuerte, tan gallardo.

Fajeda contrajo los músculos de los brazos de modo que parecieran más hercúleos aun.

—Cierto que algunas aventuras he pasado, pero mi vida ha sido tranquila y sin sobresaltos —aseguró pavoneándose—. Recuerdo que en cierta ocasión, cuando navegaba en el Mediterráneo, nos encontrábamos varios amigos en una tartana^[14] en medio del mar. Divisamos una costa y hacia ella fuimos. No teníamos qué comer ni qué beber. Saltamos a tierra y los encaminamos a una hermosa fuente. De pronto, veo un enjambre de muslies que se lanzaban sobre nosotros agitando palos y cuchillos. Me enfurecí tanto, que, sin empuñar las armas, comencé a golpes con las manos desnudas. No lo hubiera creído jamás, pero a cada golpe un turco saltaba hacia el mar y se hundía.

Fué sorprendente, pero en menos de un minuto acabé con aquellos infieles.

Mencía le escuchaba arrobada.

—Es en verdad sorprendente —exclamó. Luego le preguntó con coquetería—: ¿Me permitís una cosa, señor escudero?

—Decidla, señora mía.

—¿Me permitiríais que tocara los músculos de vuestros brazos?

—¡Cómo no!

Pedro alzó el brazo izquierdo y contrajo el bíceps, duro como el hierro y elástico como la seda. Su brazo semejava una maza de guerra, dispuesta a derribar enemigos y a abrir boquetes en las murallas.

La dueña apretó él músculo, que a ella le pareció tan duro como el pedernal, y lanzó un suspiro. Después envolvió al escudero en una apasionada mirada. Fajeda se acercó a ella sonriendo con aire de seductor.

Mencía bajó los ojos ruborosa.

—Decidme, señor escudero. ¿Ya cuántas mujeres habéis rendido?

Pedro se hizo el sorprendido.

—¿Yo? Señora, ¿cómo podéis suponer...?

La dueña alzó la mirada y le amenazó con un dedo.

—No me neguéis lo que a la vista está. Vuestro porte y vuestra gallardía indican a las claras que debéis haber hecho tantos destrozos entre los corazones femeninos como entre las filas enemigas.

El catalán se acercó más a ella.

—Es cierto. Pero yo soy un soldado y no un barbilindo cortesano que tiene meliflua la palabra.

—Entonces, ¿cómo cautivasteis a las damas?

Pedro la miró un instante.

—Así —dijo, al tiempo que enlazaba a Mencía por la cintura y la atraía con fuerza hacia sí. La dama no hizo resistencia y alzó el semblante a su enamorado. Los rollizos brazos se enroscaron alrededor del cuello del catalán y sus labios se unieron en un fuerte beso. Después, Mencía apoyó la cara en el hombro del corsario.

—¡Ay, Pedro! —murmuró—. En cuanto te vi en el mesón quedé prendada de tu gallarda apostura.

Fajeda, que no sabía qué decir, decidió besarla de nuevo. La dueña se apretó más contra él. Luego el aventurero declaró:

—Pues yo en cuanto te vi, Mencía, deseé que una legión de

diablos te atacara para defenderte con mi espada.

La dueña se apartó un instante del corsario y se arregló la ropa. De pronto dio un grito.

—¿Qué te ocurre, luna nueva? —preguntó el corsario, cuya relación con los mahometanos le hizo aficionarse a las galanterías orientales.

—He perdido mi collar. Debió ser en el jardín. Vine por allí desde la mansión.

—Lo iré a buscar —dijo Pedro, saliendo de la cuadra.

—Te espero en la cocina.

* * *

En una de las salas de la hacienda se hallaban reunidos los invitados amigos de Clara. La joven se sentía más oprimida. Los días pasaban y su hija seguía sin aparecer. Tan sólo las palabras de Villegas le daban cierta esperanza. Era tan grande la fama del Corsario Azul, que nadie se atrevía a dudar de sus afirmaciones y él no se cansaba de repetir que a la larga vencerían.

En cierta ocasión en que pudieron hablar a solas, Clara le comunicó sus temores de que Octavio de la Torre matase a Juliana como venganza a la derrota que sufrió en el mesón. Pero Diego procuraba tranquilizarla:

—Pensad, señora, que la niña le es muy útil en vida y, en cambio, de nada le serviría muerta. Debéis tener paciencia, que él mismo os hará llamar.

Cuando el capitán le aseguraba que no debía asustarse, se sentía tranquila e incluso esperanzada. Pero pasados algunos minutos volvía a caer en su estado de desesperación y entonces tan sólo los fuertes brazos de su esposo lograban tranquilizarla y así permanecía durante casi todas las horas de la noche, ocultando las lágrimas en el pecho de Vicente.

Obregón, por su parte, ocultaba su dolor y su pena bajo una fría paciencia, más propia de un hombre, pero cuando las manos de Clara se aferraban a él, engarriadas por la desesperación, mezclaba sus lágrimas con las de su esposa.

En la sala, rodeada por sus amigos, la joven procuraba conservar la serenidad, a lo que las otras damas procuraban ayudarla, charlando acerca de mil cosas.

Incluso una de ellas entonaba una canción acompañándose de la vihuela.

«Ventura quiso
qu'os
viese,
 amor que luego os amase,
 ausencia que nos mirase
por
qu'en
veros no muriese».

Era una antigua canción castellana, que muchos enamorados habían Cantado al pie de una ventana. La dama cantaba bien y logró atraer la atención de las que la escuchaban, incluso de Clara.

De pronto, un horroroso grito, imitando el canto de un gallo, rasgó el silencio de la noche.

Cesó la canción y todas las damas se miraron aterroradas. Era un zombíe. Por fin les atraía la cabeza de macho cabrio que aquel catalán había clavado en un poste. Se oyeron por toda la casa los gritos de las sirvientas y los pasos de los hombres que corrían a vigilar las puertas y las ventanas.

Pérez de Lerma y Obregón entraron en la sala, con las tizonas en la mano.

—Cálmense, vuestas mercedes —dijo el alférez—, que si por aquí viene el zombíe habrá de sentirlo.

Una muchacha que se había asomado a la ventana lanzó un grito de terror. Todos se volvieron hacia ella.

—¿Qué ocurre?

La muchacha señaló el jardín con mano temblorosa.

—El escudero del señor capitán, que ha salido de la casa.

Pérez de Lerma apretó los labios.

—¡Pedro!

Su amigo, el compañero de tantas aventuras, el fiel servidor de Villegas, con quien compartía todos los peligros, el hombre que tan unido estaba a todos ellos, salía de la casa. Quizá no supiera lo que iba a ocurrir y el zombíe estaría oculto entre la espesura para

atacarle a traición. Se volvió hacia Obregón.

—Aguardad aquí Salió de estampía, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Diego! ¡Diego! Salgamos al jardín. ¡Fajeda está en peligro!

Ohando, seguido por tres criados y Diego, en compañía de dos caballeros, acudieran presurosos, empuñando las espadas y amartillando las pistolas.

Juan les relató lo que ocurría y todos juntos se dirigieron hacia el jardín.

* * *

Fajeda salió de la cuadra y, muy contento, se dispuso a buscar el collar.

En realidad, se dijo, la vida era una gran cosa, por la que siempre debía estar agradecido. No recordaba en aquel momento quién propuso que fueran a cazar pero le estaría agradecido durante toda su vida. Al no saber quién era decidió repartir su gratitud por partes iguales entre el capitán, el piloto y el alférez.

Era Mencía en verdad hermosa. No recordaba ninguna que le agradase tanto y, además, era una gran dama, de ademanes señoriales que le regalaba con sabrosos dulces y ricos vinos.

Satisfecho de sí mismo, habiendo olvidado por completo que existían los zombíes, Fajeda se internó por el jardín, buscando el collar.

Debido a los relinchos de los caballos no oyó el grito del zombíe y, naturalmente, no podía saber que un negro le esperaba, oculto en la sombra.

El escudero avanzó tranquilamente. El zombíe apretó su puñal con salvaje alegría, pues pronto podría cumplir lo que le mandaron sus jefes. Vio cómo se acercaba la figura del hombre blanco. Cada vez estaba más cerca, aproximándose a su puñal.

De pronto, dio un salto hacia adelante, blandiendo el arma sobre el desprevenido corsario, que dio un paso atrás.

* * *

Diego, Martín y Pérez de Lerma salieron al jardín, con las espadas desnudas y las pistolas amartilladas y comenzaron a llamar

a voces al escudero.

—¡Pedro! ¡Pedro! ¿Dónde estás?

De pronto, el catalán respondió:

—Ya voy, señor. Ya voy.

Por el jardín vieren avanzar a Fajeda, que arrastraba a un hombre por el pie.

Estupefactos quedaron todos mirándole, mientras el corsario se acercaba a la mansión. Vieron entonces que el hombre que arrastraba era un negro semidesnudo.

—¡El zombíe! —exclamó uno de los lacayos.

Pedro se detuvo furioso.

—¿Pero en qué país vivimos? ¿Es ésta acaso tierra de cristianos? Salgo al jardín y, sin avisar, sin haber recibido ofensa de mi parte, me ataca este negro con un puñal. No he tenido más remedio que romperle el brazo.

CAPÍTULO IX

COMIENZA LA LUCHA

El catalán se encaminó a la cocina donde Mencía le esperaba angustiada. La dueña, al verle, abrió los brazos y se lanzó sobre el corsario.

—¡Qué susto me has dado, vida mía!

Fajeda que aun no se había repuesto del mal humor, gruñó:

—¡Bonita manera tienen aquí de tratar a los forasteros!

Mencía le acarició la mejilla y luego apoyó la cabeza en su hombro.

—Maldecí mi collar y el instante en que te rogué que fueras a buscarlo.

Pedro sacó la joya del bolsillo y se la entregó.

—Toma. Estaba junto al zombíe. —Reparó entonces en la cara de espanto de la dueña y sonrió para tranquilizarla—. No te asustes. Nada me ha pasado. Hacen falta muchos más zombíes para matar a Pedro Fajeda.

—Cuéntame la pelea —pidió Mencía.

El escudero se dispuso a hacerlo, pero de pronto se detuvo.

—Oye, ¿no tendrías por ahí un poco de vino? Siento la garganta muy seca.

—Siéntate y mientras sirvo vino y unos dulces me cuentas lo que ha ocurrido.

Hízolo así el catalán y comienzo a decir:

—Vi cómo venía con el puñal en alto, echando espumarajos por la boca...

* * *

Villegas, Obregón y Pérez de Lerma escuchaban la confesión del zombíe. Le habían atado a una silla y un capataz le interrogaba en la jerga negra.

Él cautivo se retorció en su asiento, como si le clavaran dardos. Negaba con la cabeza y decía que no podía hablar, que los espíritus le matarían.

Desesperado, Diego hizo llamar a Fajeda.

—¿Te comprometes a hacerle hablar?

El corsario sonrió.

—Naturalmente que sí.

Hizo una seña el capitán y Pedro cortó las ligaduras del negro. Después se lo llevó hacia otra habitación.

Poco rato después, el catalán salió en busca de su amo. Con el semblante entristecido y la vista baja.

—Ha muerto.

Villegas hizo un gesto de enfado.

—Debiste tener cuidado, hombre.

Protestó Fajeda:

—Si ni siquiera llegué a tocarle. Nada más quedamos solos en la habitación comenzó a dar gritos y cayó redondo.

El capataz aseguró:

—Green los zombíes: que si no logran cumplir su cometido, los espíritus malignos les matarán.

* * *

En la cueva que servía de alojamiento a los hechiceros ocurría una extraña ceremonia.

La amplia sala se veía iluminada por el resplandor de las antorchas clavadas en las paredes. La hoguera ardía delante de la peña en la que descansaba el macho cabrío.

Sobre la fogata se veía un caldero humeante y a su alrededor se congregaban los brujos con sus extrañas vestiduras. Los timbaleros batían sus tambores en un ritmo lento y monótono.

Un zombíe semidesnudo y gigantesco se encontraba arrodillado junto al caldero, en el que los hechiceros ejecutaban una de sus extrañas ceremonias.

Uno de ellos sostenía entre las manos una figurilla de cera que tenía clavado un diminuto dardo en el centro del corazón con un tosco dibujo. Sobre la figura el supremo hechicero hacía pasajes con las manos y salmodiaba una vieja oración africana.

Unos hombres decía, habían insultado al Macho Cabrío. Habían colocado su cabeza en un palo para que todos hicieran escarnio de ella. No podía quedar impune tamaño crimen. Era necesario que se castigase a los culpables y que, por lo menos uno, pagara su atrevimiento con la vida. Conjuraba a los espíritus para que les ayudaran a vengar la afrenta.

El vapor que emanaba de la caldera iba reblandeciendo la figura de cera. Lentamente ésta se fundió hasta que nada quedó entre las manos del brujo. Luego, el supremo hechicero tiró azufre y plantas olorosas al fuego. Un olor desagradable y amargo se extendió por toda la gruta.

Entonces, los brujos rodearon al zombíe y comenzaron a cantar, siguiendo el ritmo monótono y lento de los tambores.

Al fin colocaron la mano sobre la espalda del negro y todos pronunciaron a la vez la terrible orden:

—¡Mata!

El zombíe se puso en pie. Era un gigante de ébano. Bajo la negra piel se alzaban los músculos duros y retorcidos como calabrotes. El hercúleo tórax semejaba la muralla de una fortaleza y en su semblante no había señales de vida. La piel aparecía apergaminada y muerta y sus ojos miraban sin brillo, como si nada vieran, como si fueran las pupilas sin luz de un cadáver.

—¡Mata! —ordenó nuevamente el supremo hechicero.

El zombíe lanzó un rugido y salió de la gruta con paso bamboleante. Se internó por la manigua encaminándose hacia la plantación «La Garrida».

Nadie se puso en su camino y el negro cruzó los ingenios y los cafetales hasta llegar al jardín. Ocultándose a través de las flores se acercó a la mansión.

Una de las ventanas del piso alto estaba abierta y hasta el salvaje llegó el eco de risas y de charla femenina. El zombíe se encaramo por una enredadera. Cada vez las voces de las mujeres llegaban con, más claridad a su oído. Al fin logró asirse al alféizar de la ventana.

Clara y sus amigas charlaban tranquilamente. Hacían todas lo posible para que la joven se distrajera y por lo menos, no tuviera en su mente el obsesionante cuadro de su hijita en poder de los zombíes.

El incidente ocurrido unos días antes la aterró un tanto, pero en cierto modo había logrado calmar sus nervios, ya que el zombí que quiso entrar en la casa para cometer un asesinato, tropezó con el tremebundo Fajeda y quedó descalabrado. A pesar de que el escudero juraba y perjuraba que no le dio tormento, las damas estaban convencidas de que el zombí murió a consecuencia de los malos tratos.

Una muchacha morena dijo:

—Yo creo que debió morirse al ver la cara de ese corsario.

Lo que le valió una mirada feroz de la dueña Mencía.

La misma muchacha relataba un incidente ocurrido durante el último mercado.

—... Y el vejete dándoselas de barbilindo, fué en su busca y no cesó de galantearla. Como todos los asistentes a la fiesta llevaban la cara cubierta con un antifaz, ella estaba muy intrigada acerca de quién sería el admirador. Hacía mil cabalas, calculando si sería éste o aquel caballero. Continuaron los bailes y el vejete seguía a su lado. Cuando llegó el momento de quitarse los antifaces, ella estaba muy emocionaba. Se lo imaginaba adornado de todas las gracias, pero el admirador no se quitaba la máscara. «¿Me haríais la merced de descubriros?», pidió ella. Con aire resignado respondió el vejete: «¡Si tan amablemente lo pedís!». Cuando, por fin le vio el semblante exclamó mi amiga... —Se detuvo un instante la muchacha y lanzó un agudo grito de terror.

Su auditorio la miró extrañada. Una de ellas comentó:

—¿Tan feo era el pobre?

La muchacha, pálida y temblorosa, señaló con mano vacilante hacia la ventana. Siguiéron todos aquella dirección y un grito de miedo se alzó en la sala. Hubo un revuelo de faldas y de zagalejos. Las damas corrían hacia la puerta, pretendiendo huir.

Por la ventana, el gigantesco zombí había saltado, a la habitación. Con paso lento y bamboleante, avanzó hacia las mujeres, extendiendo sus musculosos brazos.

Martín Ohanda descansaba en, su habitación. Como hacía mucho calor, se había despojado del jubón y de la camisa, dejando desnudo el musculoso torso.

El hecho de no tener nada que hacer y de estar durante todo el día esperando a que los zombíes se decidieran a atacar, fatigaba al vasco. Estaba de acuerdo con el alférez y con el catalán de que era una lástima que no estuvieran allí sus aventureros. Hubieran entonces visto los brujos lo que era un ataque corsario.

Un grito, repetido por varias voces femeninas, le apartó de sus pensamientos. El griterío continuaba cada vez con más fuerza, como si las damas estuvieran vencidas por el terror.

De un brinco, Ohando se levantó de la cama y salió de su habitación.

Corrió a toda prisa hacia el lugar donde se armaba el alboroto. Era la sala de las damas. La puerta se hallaba cerrada con llave. Era de madera maciza y resistente, pero el hercúleo vasco no conocía barreras.

Descargó una formidable patada y la cerradura saltó hecha añicos. Martín entró en la habitación.

Las mujeres aparecían acurrucadas en los rincones, mientras un negro descomunal, de siniestra expresión, avanzaba hacia ellas con los brazos extendidos.

Ohando saltó hacia adelante y, por un momento, los dos adversarios se midieron con ferocidad. Ante la fortaleza de ébano que formaba el zombí, Martín era la representación de la fuerza y la agresividad. De cintura para abajo vestía los pantalones y las botas y sus largas piernas parecían dispuestas a saltar. Luego, su torso desnudo, firmemente asentado sobre las estrechas caderas, semejaba de roca viva cubierta de rizado vello. Los brazos contraían los duros músculos de marinero, obedientes a cualquier mandato de la mente. Sobré el macizo cuello, se alzaba la cabeza de perfiles acusados. En sus ojos brillaba la inteligencia y, frente a la expresión brutal del negro, su semblante era el de un guerrero, de un hombre de lucha, del descendiente de los pescadores de ballenas, de los belicosos montañeses vascos que derrotaron a Carlomagno.

Se atacaron con furia. Fué como si dos monstruos prehistóricos, como si dos cíclopes chocaran. Resonó el golpe en toda la

habitación, arrancando un grito a las mujeres que, pese a su voluntad, no pudieron huir, como si estuvieran clavadas en el suelo.

El zombí rodeó con los brazos el cuerpo del piloto, pero éste, enlazando la cintura del negro, apretó con fuerza hasta que de los labios del salvaje se escapó un gemido. Se deshizo el abrazo mortal y los dos adversarios retrocedieron jadeando.

El negro profirió un rugido gutural y se lanzó sobre Martín. El vasco cargó a su vez y de nuevo chocaron los dos cuerpos, Ohando agarró el brazo derecho del zombí y lo retorció. El contraído rostro del piloto, con los dientes apretados, reflejaba el odio, el ansia de matar. Apretó su presa hasta que los huesos del salvaje crujieron. Se revolvió éste, como una pantera azuzada por el dolor, y, con el brazo libre, descargó un golpe sobre la frente del marino. Soltó éste el brazo y dio unos pasos atrás, vacilando.

Con un alarido de júbilo, el negro se arrojó sobre Martín. Chillaron las mujeres asustadas. Ohando se encogió e, igual que una catapulta, su cabeza salió disparada, golpeando el pecho del zombí. Reculó el negro, jadeando de dolor, y Ohando le atacó, haciéndole presa con las manos en la garganta del salvaje. Con fuerza apretó, mientras se hinchaban los músculos de sus brazos.

Un rumor de pasos se acercó a la habitación. Villegas y Fajeda, a la cabeza de un grupo, entró en la sala. Diego indicó con un ademán a los que le seguían que guardasen las armas.

—Martín dará buena cuenta de él.

Pedro, amartillando las pistolas, declaró:

—Yo, por si acaso, preparo las «xispas».^[15]

Ante la expectación de los que presenciaban la escena, el negro y el vasco lucharon por la vida, anhelando arrebatarse la existencia del contrario. Ohando apretó con todas sus fuerzas. El cepo de acero que rodeaba el cuello del negro se fué cerrando lentamente. El zombí quiso arrancarse las manos que le quitaban la existencia, pero las energías comenzaron a fallarle. Jadeó como si se ahogara y cayó de rodillas. Tan sólo en el momento de morir el semblante del hechizado recobró su expresión de vida.

CAPÍTULO X

ASALTO EN LA NOCHE

Villegas salió al jardín a pasear. Necesitaba aislarse, para poner en orden, sus ideas. Llevaba casi una semana en «La Garrida» y nada había descubierto.

Las dos oportunidades que tuvo para averiguar algo relacionado con los zombíes fracasaron. En una de ellas, Ohando se vio obligado a estrangular al salvaje y en la otra el negro había muerto en circunstancias un tanto extrañas. Creía sinceramente que Fajeda dijo la verdad cuando aseguró que no había llegado a tocarle. Probablemente el zombí estaba convencido de que los espíritus de la selva le matarían y le sugestionó hasta el punto de morir. Cabía en lo posible que también influyera el hecho de encontrarse a solas con el tremebundo Fajeda, el hombre al que había atacado y que le descalabró.

Pero en ambos casos, nada pudieron averiguar. En cuanto a Juliana, la hija de los Obregón, no había adelantado ni un paso.

—¡Capitán Villegas!

Se volvió el Corsario Azul para ver a Clara que avanzaba a su encuentro.

—Señora.

—Quería hablaros, capitán Villegas.

—Estoy a vuestra disposición.

La joven unió las manos en ademán de súplica.

—Por el amor de Dios, don Diego, ¿tenéis algún plan para salvar a mi hijita? Estoy medio loca. No sé lo que será de mí. En nadie más que en vos puedo confiar, capitán Villegas. A mi marido debo

ocultarle todo lo ocurrido con Octavio de la Torre. Pasan días y más días y nada sé de ella. Ignoro si ha muerto o si por el contrario sigue viva. —Hizo una pausa y continuó, mirando con fijeza—. Quizá la tratan mal y ella llora. Quizá pasa hambre y penalidades. —Calló de nuevo y dijo—: Hay momento en que creo que la única manera de salvar a una hija es llamar a don Octavio.

—Calmaos —le rogó el aventurero—. Nada hay peor en este mundo que perder la serenidad. Os diré cuáles son mis planes y lo que pienso. Al parecer, don Octavio ha perdido el juicio por vos, cosa justificada por demás. Ha llegado incluso al rapto. Considera que es el único medio de lograr sus deseos y, naturalmente, no hará nada, para anular el único poder que sobre vos posee.

—Pero si la mata yo no me enteraré.

—Si la niña hubiera muerto, vos podríais denunciarle y moriría en la horca a no ser que huyera a la península de Samana, a buscar refugio entre los proscritos. En cambio, si os devuelve la niña, una vez logrados sus propósitos, vos deberíais callar. Creedme, podéis tener paciencia, que tarde o temprano descubriré su guarida.

—Dios lo quiera, capitán.

—Con su ayuda triunfaremos.

* * *

Era noche cerrada. Tan sólo las estrellas titilaban en un cielo sobre el que se recortaban las frondosas copas de los árboles. La plantación parecía dormir Tan sólo una ventana se veía encendida en el edificio en sombras, El jardín aparecía envuelto en la obscuridad. Nadie montaba la guardia como en otras ocasiones. Al parecer, los moradores de la plantación se habían recogido en sus dormitorios, dejando la casa indefensa, ante los zombíes que se ocultaban en la manigua.

La ventana en la que ardía la luz pertenecía a la habitación de Clara. La joven paseaba por el dormitorio, incapaz de conciliar el sueño. Sus nervios se encontraban completamente crispados, de un modo que le impedían el sosiego y el descanso. No podía apartar de su mente la imagen de Juliana en poder de los zombíes o de los espadachines de don Octavio, Habían pasado algunos días desde que sostuvo la conversación con el capitán y la fe y la esperanza que supo despertar el corsario comenzaban a abandonarla.

Temía que nunca más, volvería a ver a su hija. Torturada por la desesperación y vencida por la necesidad de callar su secreto, sufría el más horroroso de los martirios, pudiendo confiar tan sólo en Mencía. Pero últimamente la dueña la había abandonado un tanto, ya que a todas horas se encontraba junto al terrible escudero. Sonó un golpe en la puerta y Clara preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, Mencía.

Abrió la joven la puerta y entró la dueña.

—¿Cómo te encuentras, niña?

Clara hizo un ademán de desaliento.

—Nada espero. Cada día que pasa, mi resistencia se va desmoronando. Me siento más débil y más desesperada. Creo que nada hemos de conseguir.

Mencía procuró tranquilizarla.

—No desconfíes. El capitán Villegas logrará recuperar a Juliana.

—¿Pero?, ¿qué puede él hacer? —exclamó la joven—. ¿Cómo puede encontrar a don Octavio, sin saber dónde se encuentra, y evitar que a mi hija le suceda algo malo?

La dueña la contempló un instante.

—No puedo darte ningún argumento razonado para demostrarte por qué tengo fe en esos hombres, pero hay algo en ellos que atrae a una mujer, para colocarse bajo su protección. Es quizá la certeza de que son verdaderos hombres, que han desafiado a la muerte y que han vencido a la debilidad humana. No temas, niña. El Corsario Azul te devolverá a Juliana.

* * *

May ajeno a la conversación que sobre él sostenían, Villegas paseaba en aquellos momentos por el jardín, ocultándose entre las sombras. El alférez, Ohando y Fajeda montaban guardia ante distintas partes de la casa. Por orden del capitán todos los huéspedes y criados de la casa se habían retirado a descansar, dejando como centinelas a los cuatro amigos. Su experiencia de solado aventurero había acostumbrado a Diego a obedecer sus corazonadas y a calcular siempre lo que haría de encontrarse en el lugar de su enemigo. Estaba seguro de que algo ocurriría y precisamente sería de noche. Por esta razón se había quedado solo

con sus tres compañeros, ya que no quería dar explicaciones de su actuación y era mejor no tener testigos que le estorbasen. De pronto, la penetrante mirada del Corsario Azul descubrió una sombra que se acercaba a la casa. Marchaba con gran precaución, como si temiera ser descubierto, asegurándose de que nadie le veía.

Villegas procuró avanzar hacia él, sin descubrir su presencia.

Alrededor del edificio se extendía una explanada, y luego una muralla de flores y de árboles que permitían marchar sin ser visto. Cuando la sombra llegó a la planicie, pudo ver el corsario que se trataba de un hombre blanco, embozado en una capa, que se cubría con un amplio chambergo.

Se trataba de uno de los espadachines al servicio de don Octavio de la Torre.

Sonrió Diego, al comprobar cómo su plan había surtido efecto y continuó avanzando hacia el forajido. Éste se acercó a la mansión, hasta situarse bajo la ventana iluminada. Extrajo algo de debajo de la capa y lo arrojó con fuerza. Después se volvió y a toda prisa cruzó de nuevo la explanada, dirigiéndose hacia la espesura.

Apretó Diego el paso, temeroso de que el espadachín pudiera huir. Éste se internó en la maleza.

De pronto se oyó un golpe seco y un gemido y a los pocos, segundos surgió Fajeda de entre los macizos de flores, arrastrando a un hombre por la pierna. Era el esbirro de don Octavio.

Villegas se unió a su escudero.

—¿Le has matado?

—¡No, señor capitán! Le he dado un golpe con la mano. Pero no resulta muy fuerte ese asesino.

—¿Le has registrado? —preguntó el corsario.

—Sí. No tenía apenas dinero.

—No es eso lo que me interesa. ¿Encontraste alguna otra cosa?

—Sí. Esto —agregó Pedro mostrándole un extraño objeto.

Villegas lo tomó examinándolo con atención. Se trataba de un manojo de cintas, verdes unas y amarillas otras, retorcidas de tal modo que representasen burdamente un vudú o amuleto negro.

Diego ahogó una exclamación.

—¿Recuerdas eso, Pedro?

El catalán asintió.

—Era lo que los zombíes llevaban en el cuello.

—Exacto. Estoy viendo que lograremos solucionar dos problemas de una vez. Ahora escúchame. Llévate a ese individuo a las cuadras y allí le dejas atado. Haz que recobre el conocimiento y tú te colocas de guardia en la puerta.

Asintió Fajeda y se dirigió hacia el establo, después de cargarse el cautivo al hombro.

Villegas se reunió con Ohando y con Pérez de Lerma y les refirió lo ocurrido.

—¿Y qué vas a hacer ahora? Le preguntó el alférez.

—Tengo —un plan. Veremos si da resultado. Resulta clarísimo que Octavio de la Torre está aliado con los zombíes. Por qué razón, aun no lo sé, pero no tardaremos en averiguarlo. Voy a soltar al cautivo y éste nos guiará hasta el lugar donde vive ese blanco renegado que se alía con asesinos salvajes. Recuperaremos a Juliana y averiguaremos, además, todo lo que a los zombíes se refiere.

Diego se separó de sus amigos, dirigiéndose a las habitaciones de Clara. Llamó sigilosamente para no despertar a nadie más.

—¿Quién va?

—Soy el capitán Villegas.

Se abrió la puerta y el corsario entró en la habitación. La joven y Mencía le miraron con cierta inquietud.

—¿Qué deseáis?

—Un hombre, al que hemos capturado, acaba de arrojar algo sobre la ventana que supongo es una carta.

Clara asintió.

—Ésta es. La arrojó, envolviendo una piedra.

Tomó el capitán la carta. Decía:

«Si aun queréis recuperar a vuestra hija, estad mañana a las doce de la noche en los Tres Lobos. Debéis estar sola y sin compañía. Peligra la vida de Juliana si no acudís.

O. de la T.».».

Diego contempló a Clara que, inmensamente pálida, permanecía silenciosa.

—Es la ocasión que esperábamos —dijo—. ¿Estáis dispuesta a hacer lo que yo os diga?

—Para salvar mi hija no hay cosa que me atemorice —declaró la joven con firmeza.

—Entonces, escuchad. Escribiréis una nota, diciendo que estáis dispuesta a acudir a la cita. Luego bajaréis a la cuadra y pondréis en libertad al hombre que os ha traído la nota.

Clara asintió y, dirigiéndose a su escritorio, trazó unas líneas sobre una hoja de papel. Luego —se puso en pie y preguntó:

—¿Cómo lograré salir sin que me vea mi esposo?

—Ya haremos lo posible para alejarle —respondió Villegas—. Ahora decidme, señora: ¿Qué son los Tres Lobos?

—Un cruce de caminos que hay a cierta distancia le aquí.

—¿Podremos ocultarnos a los ojos de los esbirros de don Octavio?

—Sí, desde luego. —Hizo Clara una pausa y preguntó—. ¿Me escoltaréis?

—Por supuesto. ¿Qué es lo que creáis?

—No. Nada. Pero por un instante temí... Perdonadme. Era no conoceros.

Sonrió Diego y respondió:

—Iremos mis dos amigos, mi escudero y yo.

La joven se estremeció.

—Pero ¿creéis que vais a poder contra los hombres de don Octavio?

—Les vencimos una vez. Vos lo presenciasteis.

—Es cierto.

—Ahora bajaréis conmigo y pondréis en libertad a ese espadachín, después de darle la misiva. La joven se dispuso a seguir al capitán. Salieron del dormitorio, dirigiéndose hacia las cuadras.

Toda la mansión, dormía y el pisar de las gruesas botas del Corsario Azul repercutían en el corazón de Clara.

Llegaron por fin al jardín en sombras y, pegados a la casa, se acercaron al establo.

Villegas hizo retirar a Fajeda, que montaba la guardia. Luego indicó a la joven que podía entrar.

Se ocultó, en compañía del escudero, tras unos matorrales, y esperó. Clara entró en la cuadra y se acercó al cautivo. Le indicó

con un gesto que no chillara y con unas tijeras, cortó las cuerdas que le sujetaban. Después le dio una nota y murmuró:

—Decidle a don. Octavio que no faltaré. Podéis marcharos; el camino está libre.

Acompañó al espadachín hasta la puerta y vio cómo se perdía en la obscuridad. Aquel hombre había visto a su hija. Tentada estuvo de preguntarle cómo se encontraba y también, lo reconocía con cierto remordimiento, de clavarle las tijeras en el corazón.

CAPÍTULO XI

INTERVALO

Durante el resto de la noche Clara no pudo dormir. Permaneció en calma con los nervios crispados, dando vueltas, sin poder conciliar el sueño.

En varias ocasiones se levantó y continuó paseando.

Mencía, que le hacía compañía, procuraba en vano calmarla.

La joven se sentía inquieta, como si urna gran ave invisible la envolviera en sus alas. Al día siguiente recuperaría a Juliana. Era esto lo que más la mantenía en constante tensión. En el leve plazo de unas horas sabría si su hija vivía y podía volver a su lado o si, por el contrario, había muerto. Y la proximidad del fin de su incertidumbre la aterraba como la propia muerte.

De cuando en cuando se acercaba a la ventana para contemplar el jardín. A veces veía la figura del capitán o de su escudero, paseando en la sombra y se sentía más tranquila. Ellos la protegían, y la ayudaban a sobrellevar su desgracia. Confiaba plenamente en los cuatro aventureros. Mencía tenía razón. Emanaba de ellos unía sensación de arrojo, de intrepidez y de pujanza que impulsaba a una mujer a colocarse bajo su protección.

Por su parte podía decir que, fuera cual fuere el resultado de la tragedia, jamás olvidaría al Corsario Azul y a sus compañeros y sabía que siempre los recordaría como a los mejores hombres que en el mundo existían. Su felicidad futura dependía de ellos. Si recuperaba su antigua dicha, que ahora sería mucho mayor, pues conocía lo que era perderla, cada vez que estrechara sobre su pecho a su marido o a su hija, daría gracias al capitán Villegas por haberla

ayudado. Cada vez que oyera la risa de Juliana o la voz alegre de Vicente recordaría que los cuatro aventureros habían hecho posible que aquella dicha no se extinguiera para siempre.

Por el contrario, si jamás recuperaba a su niña, y al pensarlo tan sólo se sentía morir, pensaría que cuatro aventureros, cuatro, hombres de guerra, la habían ayudado y que como ellos no lo lograron, nadie podría lograrlo en el mundo.

Pasaron las horas con lentitud y el nuevo día tiñó de resplandores el sombrío horizonte. La niebla matutina disipó las sombras de la noche, hasta, que el sol del trópico brilló con todo su esplendor. Hasta entonces Clara no logró conciliar el sueño. Durmió pesadamente hasta bien entrado, el día y se levantó después de comer.

Encontró a Diego en el patio, solitario. El capitán se sentaba en una butaca, fumando su larga pipa de porcelana. Al ver a la joven se puso en pie.

—¿Cómo os encontráis, señora?

Clara procuró sonreír.

—Muy nerviosa, pero dispuesta.

El Corsario Azul hizo un gesto de aprobación.

—No dudéis del resultado.

* * *

La noche volvió a llegar sobre la tierra. Los campos y la manigua, al morir el día, se cubrieron con las negras tocas del luto y el cielo encendió sus luminarias de duelo.

En la mansión, Clara se retiró a su dormitorio, pretextando una jaqueca, y escuchó, con el corazón oprimido, cómo los ruidos de la casa se iban apagando.

Retorciéndose las manos, sintiendo una losa que le oprimía el pecho, aguardó a que todos se hubieran acostado.

Lentamente, la casa fué quedando en silencio. Nada se oía, tan sólo el canto de los grillos y de las aves nocturnas que entraba por la abierta ventana.

Mil ideas contradictorias danzaban desenfrenadamente en el cerebro de Clara. Por una parte deseaba que llegara el momento de enfrentarse con Octavio de la Torre. Al pensar en el desalmado, sentía endurecerse el corazón y ansiaba ver cómo los corsarios le

atravesaban con sus tizonas. Él la había separado de su hijita, mantenía presa a Juliana y, quizá, la torturaba. Dejaba ver al espadachín en poder del terrible Fajeda, quien le descalabraría, o del piloto Ohando, que lo ahogaría, como al zombíe.

Muy pronto recuperaría a su hija, pero ante este pensamiento se sintió estremecer. Se enfrentaría sola con un desaprensivo a quien rodeaban varios espadachines que, como su amo, no se detenían ante nada. Que Octavio era capaz de todo Le constaba, ya que para lograr sus deseos no dudó en raptar a su hija. Una entrevista a solas con ese hombre le llenaba de pavor. Se encontraría indefensa ante él, debiendo engañarle con su astucia, para dar tiempo a que los corsarios asaltaran la casa y le capturaran.

Eran muy bravos los cuatro aventureros que la escoltaban, pero ¿de cuántos hombres se habría rodeado la Torre? ¿Podrían Villegas y sus compañeros vencer a los espadachines? En cierta ocasión lo hicieron, pero quizá esta vez, que era la decisiva, no les fuera, posible. Llamaron a la puerta.

—Soy Mencía. Abre.

Obedeció la joven y la dueña entró en la habitación.

—Ya es hora.

Clara tomó su capa y un antifaz. Luego siguió a Mencía hasta la planta. Los corsarios, armados hasta los dientes, la aguardaban allí.

Al ver a Villegas, una combinación de energía, de músculos y de inteligencia, a Martín Ohando, gigantesco, hercúleo y noble, y a Pérez de Lerma, alegre, fuerte y arrojado, se sintió casi tranquilizada. No podía ser que les vencieran. Aquellos hombres audaces y decididos arrollaban las dificultades, como caballos desbocados en un gallinero.

Diego se acercó a la joven.

—¿Estáis dispuesta?

Clara asintió.

—No temáis —añadió el capitán—. Estaremos a vuestro lado.

—No les permitiremos que os hagan daño —aseguró Martín.

El alférez contempló por un instante el pálido y fino semblante de la joven, enmarcado por la capucha, de la que se escapaban algunos rizos, y agregó:

—Ni uno tan sólo quedará con vida para continuar molestándoos.

Se abrió la puerta del jardín y entró Fajeda, armado igual que sus jefes.

—Podemos partir. El camino está libre.

Diego ofreció la mano a Clara, al tiempo que decía:

—Animo, señora. En breve plazo todo habrá concluido.

Mencia se acercó al escudero y, tomándole las manos, advirtió:

—Por Dios, cuídate Pedro. No te expongas.

Con ademán bravucón, respondió el catalán:

—Eso debieras advertírselo a los espadachines.

Después de acariciar benévola la mejilla de la dueña, salió de la casa muy erguido.

La comitiva cruzó el jardín y se internó en la espesura. Clara marchaba era silencio, entre Villegas y Pérez de Lerma, En cabeza, avanzaba Ohando y, a retaguardia, el catalán mantenía una estrecha vigilancia para que no fueran sorprendidos.

Escortada por aquellos hombres de guerra, serenos y, a la vez, fogosos, rudos y, sin embargo, galantes con las mujeres, Clara se sentía segura. Todo su miedo había desaparecido, para dar paso a un estado de semiinconsciencia en el que tan sólo una mitad de su ser se mantenía alerta y atenta tan sólo al resultado de aquella empresa. La otra mitad de su ser parecía dormida.

Avanzaron por un sendero bordeado de árboles y de maleza. Levemente, la luna y las estrellas iluminaban el camino de modo que la comitiva podía avanzar sin peligro de ser descubierta.

De pronto Diego se detuvo.

—Falta aún un rato para las doce. No es de presumir que los esbirros de don Octavio estén ya en ese lugar, pero no debemos arrostrar riesgos inútiles. Por tanto iréis sola hasta los Tres Lobos. —Al ver que Clara se estremecía, el corsario añadió con una sonrisa —: No temáis. Os seguiremos, emboscados en la maleza. Confiad en nosotros, señora.

Hizo un ademán con la mano y al instante desaparecieron todos entre la espesura.

La joven quedó sola en el camino. Se hubiera dicho que la tierra se había tragado a los corsarios o que tan sólo su imaginación los había creído allí.

Con paso lento, se encaminó hacia los Tres Lobos. La certeza de que a pocos pasos la custodiaban las pistolas y los aceros de los

corsarios, la tranquilizaba un tanto, aunque su mente creía ver fantasmas y espectros en las sombras que se agitaban junto al sendero.

Continuó avanzando. Bajo la luz de la luna se alzaba el grupo de árboles junto al que la habían citado. Llegó hasta ellos y, acurrucándose junto al tranco, aguardó la llegada de los espadachines.

Oculto entre la maleza, Villegas contemplaba a la joven, cuya esbelta y aristocrática figura se destacaba junto a los caobos. Placía unas Bemanas que ni conocía a Clara de Figueroa y de Obegón, pero sin embargo estaba dispuesto a arriesgar la vida para castigar la infamia de don Octavio de la Torre.

Clara aguardó con impaciencia. A cada instante creía descubrir a los espadachines que avanzaban a través de las sombras. En varias ocasiones creyó ver zombíes que le salían al paso, dispuestos a atacarla y estuvo a punto de chillar, pidiendo ayuda a los corsarios. Los minutos que pasaron mientras esperaba a los esbirros de la Torre, derribaron su valor. Poco a poco, comenzó a despertar la parte dormida de su ser y se dio plena cuenta de que se encontraba sola e indefensa en medio de la manigua envuelta en sombras. Ciertamente que el Corsario Azul y sus compañeros se encontraban a pocos pasos, pero uno de aquellos salvajes podía matarla antes de que pidiera auxilio.

Le fallaron las fuerzas y sentía que el corazón le latía con más celeridad.

No sería capaz de llegar hasta el lugar donde Octavio la esperaba.

Perdería el sentido por el camino y Juliana se perdería para siempre.

¡Juliana! Este nombre estalló en su cerebro como una granada. Estaba luchando por recuperar a su hija. Aquellos corsarios que la ayudaban no tenían ningún parentesco con la niña y sin embargo no les importaba arriesgarse por ella. La madre de Juliana no podía mostrarse menos valerosa que el capitán Villegas, ni estar a menor altura que los aventureros del mar.

De pronto, se oyó una voz desagradable:

—¿Estáis ahí, doña Clara?

La joven se estremeció. Los espadachines habían llegado. Sintió

que todo su miedo desaparecía y su valor adquirió más firmeza, como si le hubieran inyectado nuevas energías.

—Aquí estoy —respondió con voz serena.

—¿Os acompaña alguien?

—Nadie —mintió Clara, extrañándose de su firmeza.

—Avanzad por el camino de la derecha, pero si no estáis sola haremos fuego.

La joven obedeció marchando por el sendero que le indicaban. La voz parecía surgir de las sombras, pues a nadie se veía. Inesperadamente, se vio rodeada por cinco facinerosos, armados de espadas y de pistolas, embozados en sus capas y con los sombreros calados hasta los ojos.

—Va sola —declaró uno de ellos.

Chiquiznaque se acarició la mandíbula y dijo:

—Más os vale no traer a aquel endiablado catalán.

En la maleza, Fajeda sonrió con orgullo.

Rodeando a la joven, los espadachines se alejaron por el camino.

Villegas hizo un ademán y los cuatro corsarios avanzaron a través de la espesura, sin perder de vista a los esbirros de don Octavio.

Continuó su camino la comitiva, por el sendero unos, a través de la maleza otros, durante un buen rato. Al fin se descubrió una luz en la noche.

Clara marchaba rodeada de los espadachines. Sus rostros patibularios, llenos de cicatrices, sus sombrías figuras y sus amenazadores ademanes distaban mucho de poder tranquilizarla, pero la joven se sentía segura. Una llama de cólera ardía en su corazón y se creía capaz de vencer ella sola a todo el que se opusiera al rescate de su hija.

Además, a muy poca distancia se encontraban los corsarios que ya en una ocasión habían derrotado a los esbirros. Sabía que al primer intento de violencia, caerían sobre los espadachines y los acuchillarían sin piedad.

Poco a poco se fué distinguiendo una masa entre las, sombras. Era la luz que brillaba en la noche. Se trataba de un edificio de adobe, de una sola planta, junto al que crecían algunos árboles.

Chiquiznaque silbó por tres veces. De la vivienda respondieron de igual modo.

La comitiva continuó la marcha, llegando hasta el edificio. Dos hombres armados de arcabuces salieron a recibirles.

—El amo espera.

Chiquiznaque llamó a la puerta y entró, saliendo a los pocos minutos.

—Pasad —le dijo a Clara.

CAPÍTULO XII

VILLEGAS PAGA UNA DEUDA

Entró la joven en una dismantelada habitación, amueblada con una mesa sucia y varias sillas deterioradas. En las paredes, colgados de unos clavos, se veían sombreros, cartucheras y arcabuces. En un extremo se abría una chimenea que servía de cocina. Las paredes, blancas en un tiempo, se hallaban cubiertas de patina y de suciedad. La habitación olía a mugre y a grasa. Junto a la chimenea descansaba una tizona.

—Honráis mi humilde casa con vuestra presencia —dijo una voz con burlona entonación.

Octavio, vestido como de costumbre, salió al encuentro de Clara. Con invencible repugnancia y con un odio mortal, la joven vio como el rufián se acercaba a ella. Su enjuto y maligno semblante se torcía con una sonrisa de cruel ironía.

—Al fin accedéis a lo que ordena el sentido común —volvió a decir la Torre.

Conteniéndose, Clara logró contestar:

—Ya sabéis que vine la primera vez, pero...

—Hicisteis mal en pedir socorro. La intromisión de los corsarios ha retrasado mucho las cosas.

—Bien. Sin embargo, habréis visto mis buenos deseos al poner en libertad a vuestro servidor.

Asintió Octavio.

—Eso es cierto. Pues obráis en vuestro propio beneficio, ya que de otra manera hubierais perdido a Juliana para siempre.

El rufián se acercó más a ella y la tomó de la barbilla.

—No seáis tan arisca, hermosa mía. Quitaos la capa.

Lo joven contuvo sus deseos de abofetear a Octavio y sonrió.

—Lo haré enseguida, pero antes quiero saber cómo está Juliana. La Torre acarició la barbilla de Clara y agregó:

—Ya sabéis el pacto. Os lo comuniqué en San Cristóbal. Os devolveré a la niña cuando hayáis correspondido a mi amor.

Logró la joven apartarse de Octavio. Simuló arreglarse la capa para tener tiempo de serenarse y agregó:

—Tened en cuenta que hace mucho tiempo que nada sé de ella. Decidme al menos cómo se encuentra y dónde está en este instante. Comprenderéis que es lógico mi interés. Clara deseaba ganar tiempo, para que el Corsario Azul y sus compañeros pudieran asaltar la casa y además, quería cerciorarse de que Juliana estaba bien. Quería contener a Octavio todo lo posible y tan sólo podía valerse de su astucia. Se encontraba sola, juntó a un rufián que no se detenía ante nada, en una casa rodeada por hombres de armas. Su parte en la escaramuza consistía en entretener a don Octavio mientras Villegas y sus corsarios peleaban contra los espadachines.

—¿No os basta mi palabra? —preguntó la Torre.

Clara negó con la cabeza. Octavio sonrió.

—Veo que sois como yo. Que deseáis pruebas de todo. Hacéis bien —respondió, dirigiéndose a una puerta, que abrió. Luego se volvió a la joven—. Acercaos.

Obedeció Clara y vio en la habitación contigua a una niña que dormía en un lecho.

De sus labios se escapó un sollozo.

—¡Juliana! ¡Mi hijita! —exclamó, disponiéndose a cruzar el umbral, pero la Torre la detuvo, sujetándola por un brazo.

—No os apresuréis, señora. Tiempo habrá de que abracéis a vuestra hija.

Desesperada, sin saber lo que hada ni lo que decía, con el único deseo de besar a Juliana, Clara pugnó por desasirse de Octavio.

—¡Dejadme! ¡No me toquéis!

La Torre, con una sonrisa y los ojos encendidos, la sujetó con más fuerza.

—A mi debéis obedecerme.

Villegas y sus tres compañeros avanzaron a rastras hacia la casa en la que Clara acababa de entrar.

Sus ojos, acostumbrados a penetrar en las sombras de la noche, percibieron a los dos centinelas armados de arcabuces que vigilaban el edificio ya los espadachines que entraban por otra puerta.

Era, ante todo, necesario acabar con los dos guardias.

Diego hizo una seña a Fajeda. El catalán comprendió al instante y examinó a los dos fascinerosos con ojo crítico. Mediaba cierta distancia entre él y el espadachín pero se podía hacer. Luego, el capitán le repitió la seña a Ohando. El vasco asintió a su vez.

Villegas alzó la mano. Era preciso concluir con ambos al mismo tiempo, para, que no pudiera dar la alarma a sus compañeros.

Fajeda desenvainó su puñal berberisco y lo balanceó en el aire. Martín tomó un pedrusco y lo sopesó. Ambos esperaban la señal de su jefe.

Diego bajó la mano con rapidez. Pedro arrojó el arma, que fue, cortando el aire, a clamar en la garganta de uno de los centinelas. El esbirro soltó el arcabuz y se desplomó, al tiempo que, con los últimos estertores de la agonía, intentaba avisar a sus compañeros. El piloto arrojó el pedrusco con la fuerza de una catapulta, que dio en la cara del otro centinela y le destrozó el cerebro, muriendo al instante el espadachín.

A rastras, continuaron su avance los aventureros, llegando por fin junto a la casa. Villegas les señaló la puerta por la que habían entrado los espadachines y él se acercó a una ventana. Miró por ella con precaución y vio una sucia sala, alumbrada por un velón. En un extremo se encontraba un lecho, sobre el que dormía una niña de unos tres años. Juliana, sin duda.

De pronto se abrió la puerta y el capitán vio a Clara hablando con don Octavio. La joven intentó acercarse a la niña, pero lo impidió la Torre. Forcejearon, pero la puerta se volvió a cerrar y nada más pudo ver el corsario. Saltó por la ventana, entrando en la habitación, al tiempo que desenfundaba la tizona.

* * *

Pérez de Lerma, Ohando y Fajeda se acercaron sigilosamente hacia la puerta por la que los espadachines habían entrado. Amartillaron las pistolas y se detuvieron un instante. Se miraron y

los tres aventureros cambiaron una sonrisa. Aquél era su lenguaje, el de las armas.

Ohando alzó el pie, calzado con una gruesa bota y descargó una terrible patada sobre la puerta, que se vino abajo, con un estrépito ensordecedor. Sin un instante de vacilación, entraron los tres corsarios en la sala. Varios velones y candiles iluminaban la habitación, en la que descansaban unos hombres sobre el lecho y otros jugaban a las cartas alrededor de una mesa. De un solo golpe de vista, los corsarios, acostumbrados a juzgar el número de sus adversarios, calcularon que se encontraban allí unos diez hombres. Sorprendidos, los esbirros de don Octavio tardaron un segundo en reaccionar. Este tiempo les bastó a los aventureros, para vaciar sus pistolas sobre los hombres que se agrupaban en la habitación. Los estampidos de las seis armas se confundió con uno solo que, al resonar dentro de la sala, pareció el rugido del cañón.

Algunos hombres rodaron por el suelo, retorciéndose de dolor, y su sangre se mezcló con la porquería que cubría el pavimento.

Los corsarios desenvainaron los aceros y cargaron furiosamente sobre los espadachines. Repartiendo estocadas y tajos, los aventureros del mar abrieron brecha en los esbirros de don Octavio. Chiquiznaque fué el primero. El terror que Fajeda le inspiraba le hizo clavarse en la espada del catalán. Otro desalmado cayó sobre Pedro con la espada en alto. El escudero paró el golpe con la muñequera del brazo izquierdo y luego asestó a su enemigo un golpe de plano en la cabeza que le privó del conocimiento. Ohando y Pérez de Lerma ensartaban espadachines sin cesar. El chocar de las armas se mezclaba con los gritos de los luchadores y con los gemidos, de las víctimas.

* * *

Octavio de la Torre soltó a Clara y se llevó la mano al cinto, pero no llevaba la tizona. Al ensordecedor estampido siguió el escándalo de un altercado.

La joven se traicionó en aquel instante. Sus ojos se iluminaron de alegría feroz y una carcajada se escapó de sus labios. El rufián creyó comprender.

—Me engañasteis. Lo merezco por fiarme de una mujer.

Descargó una bofetada sobre el semblante de Clara y se dirigió

hacia su espada. Blandió la tizona desnuda en el aire y cruzó de nuevo la habitación. Antes de abrir la puerta que comunicaba con el cuarto en que dormía la niña advirtió:

—De nada te valdrá tu engaño. Voy a matar a Juliana.

Se dispuso a cruzar el umbral, pero, cerrando el paso, con el acero en la mano y la muerte en los ojos, se encontraba Diego de Villegas. La Torre dio un paso atrás.

—¡El Corsario Azul!

—Sí, yo soy. Vengo a pagarte una deuda. La estocada que te prometí al rasgarte la mejilla.

Los dos adversarios se atacaron. Chocaron las espadas y los dos hombres se enzarzaron, como dos fieras, en una sangrienta lucha.

Clara, medio desvanecida por el golpe, vio cómo cruzaban la habitación, esgrimiendo con saña. Octavio buscaba la protección de la mesa y de las sillas, asestando, con la desesperación de la muerte, terribles estocadas, que paraba el capitán. Diego luchaba con fría decisión, deshaciendo lentamente la guardia de su adversario.

Los hombres saltaban rápidamente de un lado para otro, esquivando los golpes y, era ocasiones, las espadas, al no encontrar el cuerpo enemigo, rasgaban las paredes, haciendo saltar el adobe.

Un espadachín salió huyendo de la habitación, en la que los tres corsarios acuchillaban a sus enemigos, y se dirigió hacia el cuarto donde dormía Juliana. Se detuvo ante el lecho de la niña y desenvainó el puñal, alzándolo en el aire para descargar un seco golpe. Pero la mano se vio detenida por una trampa de acero que se cenaba sobre la muñeca.

Fajeda, pues él era quien había detenido el puñal, pasó el brazo izquierdo por el cuello del espadachín y comenzó a apretar. El esbirro sintió que el faltaba el aire, los ojos amenazaron con saltarle de las órbitas y abrió la boca. Su semblante se tornó amarillo y luego morado, hasta que perdió por completo las fuerzas. De sus labios se escapó un estertor y cayó muerto. Pedro lo soltó, dirigiéndole una mirada de desprecio.

Luego se volvió hacia la niña, que se había despertado y lloraba asustada.

—¡Calla, riquita, calla!, —dijo con maternal solicitud.

El llanto de la niña volvió a Clara a su estado consciente y como una loca corrió hacia ella.

Octavio la vio y dijo:

—¡Maldita! ¡Te voy a...!

Pero la tizona del Corsario Azul le cerraba el camino.

—No le harás nada —aseguró Villegas— porque te voy a matar.

Dirigió una rápida finta al pecho del rufián y cuando éste alzó la espada para desviar el arma, le hundió el acero en el vientre. Le bastó una mirada a Diego para convencerse de que no tenía salvación. Al tiempo que le gritaba a Fajeda:

—¡Defiende a la señora!

Entró en el cuarto donde Pérez de Lerma y el piloto se batían con varios espadachines. El capitán sujetó su espada con los dientes e hizo fuego sobre los desalmados. Dos hombres se desplomaron sin vida. Después, haciendo molinetes, atacó a los esbirros de don Octavio. En pocos minutos dieron cuenta de ellos.

Entonces salieron de la habitación llena de cadáveres y se reunieron con Clara.

La joven, estrechando a su hija entre los brazos, examinó a los cuatro hombres que permanecían a su lado con las espadas desnudas.

—¿Han... han...? —balbuceó.

—Sí, señora —respondió Pedro—. Ninguno os molestará jamás.

En los hermosos ojos de Clara aparecieron unas lágrimas y apretó con más fuerza a la niña, que seguía llorando.

—¡Calla, mi tesoro! —exclamó con dulzura—. ¡No llores, mi vida! ¡No llores más, Juliana, que mamá está contigo!

En silencio presenciaron los hombres de guerra cómo se desbordaba el contenido dolor de la joven.

Fajeda, muy emocionado, se limpió una lágrima con la mano que a tantos enemigos había muerto.

CAPÍTULO XIII

CUANDO BRILLAN LAS TIZONAS

Diego se acercó a su escudero y le preguntó:

—¿Hiciste lo que te había ordenado?

—Sí, señor capitán. Voy ahora a buscarle.

—¿Dónde le has dejado?

—Está en ese cuarto, entre los cadáveres. Le di un testarazo con la espada.

—A lo mejor ha huido.

—No, don Diego. Cuando pego yo no quedan fuerzas para huir.

Pedro entró en la habitación contigua y fué palpando el corazón de los cuerpos que yacían en el suelo. Al fin descubrió uno que seguía latiendo. Se cargó el hombre a la espalda y lo condujo al comedor.

Diego cerró la puerta para que Clara no lo presenciase.

Fajeda, tarareando una canción, colocó él desvanecido espadachín en una silla y lo ató fuertemente. Luego le salpicó la cara con agua que había encontrado en un cubo. El cautivo agitó la cabeza y por fin abrió los ojos. Medio atontado aún, miró a su alrededor.

Pedro encendió fuego en la chimenea, simulando no prestarle atención, y comenzó a colocar sobre la mesa su puñal berberisco, una daga que arrebató a un muerto, una hachuela y un cuchillo de carnicero. De pronto, dio la vuelta y sorprendió al cautivo que le miraba con ojos desorbitados.

—Hola, señor truchimán —saludó.

El espadachín preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

Respondió Fajeda con sencillez:

—Que eres el único superviviente de tu cuadrilla.

El esbirro palideció y tragó saliva. Luego quiso saber:

—¿Qué vais a hacer conmigo?

Extrañado, le miró el catalán.

—Nada. ¿Qué quieres que hagamos? —Se detuvo y preguntó de sopetón—: ¿Dónde se reúnen los zombíes?

El cautivo se estremeció, pero nada dijo.

—¿Dónde se reúnen los zombíes? —inquirió nuevamente Fajeda, mientras comprobaba el filo de los cuchillos que había alineado sobre la mesa.

—No lo sé —balbuceó el espadachín.

—¿Estás seguro? —preguntó el escudero, avivando el fuego que ardía en la chimenea.

—¿Preparas la cena? —dijo a su vez el cautivo.

El catalán negó con la cabeza y tomó un puñal berberisco.

—Entonces, ¿qué haces?

Arrancó el escudero un cabello de la revuelta melena de su prisionero y, con satisfacción, lo partió con su arma.

—Me preparo para comprobar si es cierto que nada sabes.

—¿Qué?

Fajeda, con tremebunda expresión, se acercó al cautivo y dijo:

—No levantes la voz porque todavía va a resultar peor.

—¡He dicho que no sé nada!

Desesperadlo, el prisionero contempló el bronceado semblante del corsario. Parecía más que capaz de hacer lo que decía.

—Ya te arrancaré yo los secretos —aseguró Pedro—. Te aseguro que confesarás hasta lo que yo no pregunte.

Con el puñal en alto se acercó al espadachín. Éste se revolvió en la silla, pugnando por libertarse, pero nada logró. Al fin dijo desesperado:

—¡Hablaré! ¡Hablaré!

Fajeda se detuvo y llamó:

—¡Mi capitán, dice que hablará!

Villegas entró en la habitación.

Fijó en el cautivo los ojos y ordenó:

—Comienza.

El espadachín se agitó inquieto en la silla. Fijó los ojos en el semblante enérgico del capitán y luego en el duro de su escudero. Jadeó y comenzó a hablar. Había vivido durante mucho tiempo en la península de Samana, entre los proscritos. Un día. Octavio de la Torre llegó hasta allí. Reunió a un grupo y les contrató para que le acompañaran como lacayos al interior. En el Valle del Yaqui del Sur había entablado, tratos con unos hechiceros. Como éstos convencían a los negros de que podían curar a los enfermos mediante sacrificios humanos, los esclavos les pagaban lo que podían y don Octavio recibía una parte de los beneficios.

—¿Dónde se reúnen los zombíes? —preguntó Villegas.

—En la Gruta del Diablo.

—Bien —continuó Diego—. ¿Cuándo celebran su próxima reunión?

—Mañana por la noche.

—Tú nos acompañarás. Si has dicho la verdad, te pondremos en libertad. De otro modo. Fajeda se encargará de darte tu merecido.

* * *

Villegas apartó la maleza y contempló la entrada de la Gruta del Diablo. Ante la abertura de la caverna montaban guardia dos negros armados de lanzas.

Diego miró hacia atrás, examinando a su gente, que se ocultaba entre la espesura. Vio al alférez, a Ohando y a Vicente Obregón, que encabezaban la columna formada por los lacayos, invitados y capataces de la hacienda, iban todos armados y en breve plazo el poderío de los zombíes habría concluido.

Recordó el capitán los acontecimientos del día anterior. Regresaron a la plantación y nada dijeron, esperando el nuevo día. Clara se refugió en su dormitorio, acostando a la niña en su lecho. Cuando amaneció, Villegas fué en busca de Obregón y le comunicó que habían recuperado a su hija. Vicente se mordió los labios y estrechó con fuerza la mano del capitán.

—¿Cómo lo hicisteis?

Sonrió Diego, añadiendo:

—Os ruego que nada más preguntéis. Fíad en mi palabra de caballero de que los culpables fueron castigados.

Obregón, abrazó emocionado al corsario y corrió al dormitorio

de su esposa.

Luego Villegas les comunicó todo lo que sabía acerca de los zombíes y, formando una aguerrida columna, partieron en busca de los salvajes.

El cautivo marchaba sin armas, junto a Fajeda, quien de cuando en cuando acariciaba su puñal, como recordándole que si les había engañado moriría.

Por fin se encontraban ante la entrada de la caverna y al parecer el espadachín dijo la verdad, pues dos negros vigilaban la puerta de la Gruta del Diablo.

Diego hizo una seña a su escudero y ambos se adelantaron hasta llegar junto a los centinelas. Desenvainaron los aceros y, de dos estocadas, derribaron a los guardias. Entonces Pedro se llevó los dedos a la boca y un silbido penetrante rasgó el silencio de la noche.

Al poco rato, toda la compañía, con las espadas, las picas y los arcabuces se hallaba reunida ante la cueva.

—¡Adelante!

La columna se internó en la grúa. La entrada se bailaba; sumida en sombras. La obscuridad era completa, pero la tropa siguió adelante. En cabeza marchaban Fajeda y Diego, tanteando el terreno y buscando el camino.

El espadachín avanzaba custodiado por Martín y por el alférez, que le clavaban las pistolas en los riñones.

Una débil claridad fué apareciendo en la distancia y poco a poco el camino quedó iluminado por el resplandor de muchas antorchas.

Diego hizo una seña y la columna se detuvo.

En una amplia sala natural se veían reunidos a muchos negros, que permanecían silenciosos agrupados alrededor de una hoguera. En una roca descansaba un macho cabrío y junto a él se veía a varios brujos con sus estafalarias vestiduras.

De pronto, un nuevo hechicero, al parecer el de más autoridad entre todos, apareció en la sala, arrastrando a una joven y esbelta cuarterona, vestida con una túnica blanca. Los cabellos de azabache le caían sobre los esbeltos hombros y sus dulces ojos negros se veían dilatados por el terror. Se agitaba con desesperación, pugnando por librarse del brujo que blandía un enorme cuchillo.

Pedro murmuró al oído del capitán:

—Si atacamos a todos la matarán. Yo me encargo de salvarla. Aguarde mi señal para cargar.

Asintió Villegas y el catalán se puso en pie, al tiempo que decía con voz estentórea que repitieron los ecos de la cueva:

—¡Un momento!

Zombíes y hechiceros quedaron paralizados, mientras Pedro cruzaba por entre las filas de salvajes. La cuarterona le miró con creciente terror, en el que se mezclaba cierta esperanza. Los negros contemplaban estupefactos a aquel forzado blanco que con increíble parsimonia se dirigía hacia la roca donde descansaba el macho cabrío.



Cargaron los blancos sobre los aterrados salvajes.

Mientras, Diego disponía a sus hombres para el ataque.

Fajeda continuó su camino. Era tan grande su aplomo que nadie se atrevió a detenerle. El escudero se acercó al macho cabrío, que presenciaba indiferente la escena, y le mostró la cruz de la empuñadura de su espada. Si, en efecto, era él diablo, ante este conjuro se desvanecería. Pero el macho cabrío se limitó a

contemplar la cruz con sus ojos de loco. El corsario descargó una palmada en las ancas del animal, que se fué balanceando. Los zombíes prorrumpieron en gritos de terror. Agitaban los brazos en el aire y amenazaban al catalán que, muy tranquilo, les miraba con interés.

El sumo hechicero adelantó, haciendo con las manos pases cabalísticos. De sus labios se escapaba una salmodia de maldiciones y conjuras salvajes.

Con los brazos en jarras, Fajeda le escuchó tranquilo, y cuando el brujo se detuvo, exclamó él remedando su actitud:

—«De porc i de senyor, sen te de venir de mena»^[16].

Quedó anonadado el hechicero y, reaccionando, quiso abalanzarse sobre el corsario. Éste desvió el cuchillo y descargó una patada sobre el brujo, quien se desplomó aullando de dolor.

Con rapidez, Fajeda empuñó las pistolas e hizo fuego. Los estampidos resonaron en el interior de la caverna. Dos hombres se desplomaron sin vida, y los zombíes, sedientos de sangre, se abalanzaron sobre el catalán. Pedro desnudó la espada y, cubriendo con su cuerpo a la muchacha, comenzó a descargar mandobles y estocadas sobre los asaltantes. El acero, que se agitaba como una serpiente, describía destellos a la luz de las antorchas.

Villegas se puso en pie e hizo fuego con las pistolas. La columna descargó sus armas sobre los zombíes, abriendo claros en sus apretadas filas. Entonces Diego blandió la tizona.

—¡A ellos!

Cargaron los blancos, repartiendo golpes sobre los aterrados salvajes. Las espadas, las picas y los arcabuces derribaban a los enemigos que se oponían a su paso.

Al principio, los zombíes, azuzados por el fanatismo, lucharon para vengar a su hechicero, creyéndose inmunizados por la protección de los espíritus. Pero poco a poco fueron cayendo bajo la furia española.

Diego recorría la sala, ensartando enemigos. Ohando y Obregón derribaban a los negros con sus terribles estocadas.

Pérez de Lerma, junto a Fajeda, protegía con su tizona a la cuarterona, describiendo en el aire destellos de muerte.

La batalla fué breve y feroz. Los salvajes huían por la caverna, perseguidos por los blancos. Al fin no quedó ni un solo salvaje con vida. Algunos habían huido al bosque, alejándose a toda prisa de la

venganza de los españoles.

Diego reunió a sus hombres y se dispuso a regresar a la plantación. La cuarterona marchó con ellos. La muchacha no podía creer que hubiera escapado de la muerte. Le parecía que los zombíes la iban a asesinar. Pero Fajeda se encargó de tranquilizarla.

* * *

En la plantación recibieron con vítores a la columna. Todos respiraban de nuevo al saberse libres de la amenaza de los hechiceros.

Mencia se acercó a Pedro y le dijo:

—Tendrás hambre. ¿Quieres unos dulces y un poco de vino?

El catalán asintió.

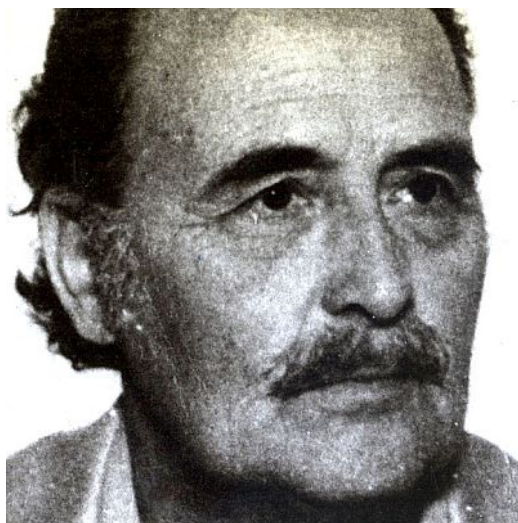
—No vendría mal después de una lucha.

—Ven conmigo —invitó la dueña—. Cuéntame. ¿Corristeis mucho peligro?

Fajeda carraspeó y comenzó a decir:

—Había miles y miles de negros. Armados hasta los dientes. Pero yo tomé mi espada y...

fin



Jacinto León-Ignacio Ruiz de Cardenas
(1919-1991):

H. Onson). Nacido en Barcelona, trabajó como redactor de la revista de cine Fotogramas colaborando también en El Correo Catalán, Algo Horizonte y TeleExpres. Fue un prolífico traductor entre otros de las obras de Hemingway y Jack London. Cultivó en la novela popular no sólo el género bélico sino otros como el Oeste y policiacas, firmando como León-Ignacio, J. León, J. Dixon, y Sterling Graham. Era el autor de la gran mayoría de las novelas de la colección Hombres del Oeste, de la editorial Clíper, y un buen número de títulos en otras colecciones como Pueblos del Oeste, también de Clíper, y en varias de las series dedicadas al wéstern de Bruguera, donde también escribía como J. de Cárdenas en la colección Bisonte y en Servicio Secreto de Bruguera como J. Dixon y Sterling Graham. Con el seudónimo León-Ignacio publicó cuatro libros de tipo histórico, A ras de tierra, Corpus de Sangre, Los quinquis y Los años del pistolerismo en Barcelona. Ensayo para una guerra civil. La mayor parte de las novelas de la colección Bazooka se deben a su buena información sobre la Segunda Guerra Mundial. El cuidado que transparenta su información sobre los hechos que relata se nota en los numerosos pies de página para informar al

lector sobre las técnicas las tácticas de los contendientes. Acompaña un plano para poder seguir el acontecimiento que describe.

Notas

[1] Véase «Guerra en el Caribe». < <

[2] Eran, los «cadells» y los «narros» o «nerros» los bañuelos políticos antagonistas que desde la segunda mitad del siglo XVII se declararon la guerra en Cataluña. Como la autoridad quiso imponer la paz, «cadells» y «narros» huyeron al monte, constituyendo fuertes partidas o «cuadrillas» que sembraban el terror por las aldeas, atacaban las ciudades y guerreaban entre sí. Se mezclaban con la lucha política, las venganzas personales, el robo: y la aventura. Fué jefe y fundador de los «cadells», don Juan Cadell, señor del castillo de «Arseguelle» la Cerdaña. Los cabecillas «narros» más importantes fueron Pedro Roque Guinarf, don Juan de Serrallonga, y Guillermo Strany (Clavells). < <

[3] Gloriosa institución que salvó a España de la herejía, las guerras civiles y el desorden. < <

[4] Grado similar al de coronel. < <

[5] Se designaba así a los hombres enriquecidos en América o a los nacidos en América, con grandes bienes de fortuna. < <

[6] Insecto de los trópicos que se introduce en las carnes de los hombres, llegando a producir la muerte. < <

[7] Véase «Tambores Negros». < <

[8] Brujas que surgieron en las vertientes de los Pirineos, especialmente en el Valle del Bartán, y que cometieron un sinnúmero de crímenes. A esta secta pertenecían no sólo campesinos y gente inculta, sino caballeros y damas muy principales. Sus reuniones o aquelarres concluían convertidas en verdaderas orgías. El Santo Oficio en España y el Fiscal de Rey en Francia castigaron a los jefes de esta herejía. < <

[9] Alonso de Contreras, prototipo de los aventureros españoles del siglo XVII, dejó unas interesantes memorias que explican la vida de los «levantes», soldados aventureros del Mediterráneo. < <

[10] Hija de mulata y de blanco. < <

[11] Con algunas variantes, este personaje subsiste en el folklore cubano, que se denomina «el gallito». < <

[12] Djerma, embarcación, de río que también se empleaba en el mar. Muslin, Mahometano. < <

[13] En el léxico de los aventureros, la espada. < <

[14] Embarcación de vela latina y un solo palo. < <

[15] Nombre con el que la gente aventurera de Cataluña denominaba las pistolas. < <

[16] «Al cerdo y al señor les viene de estirpe», antiguo proverbio catalán. < <